

Curtis GARLAND

LOS OJOS DEL GATO

FABÁ


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

LOS OJOS DEL GATO

Colección LA HUELLA n.° 31
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 16122-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: junio, 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

Prólogo

DESDE DETRÁS DE LOS OJOS DE UN LOCO — I

Todo está a punto.

Es el momento. Ahora… o nunca. Y tiene que ser ahora.

Ahora mismo, sí. En este preciso instante. Todo está ocurriendo como yo esperaba. Y no puedo dejar escapar la oportunidad. No, no puedo. Sería terrible echarse atrás en el último momento. Tal vez nunca se presentará otra ocasión. Nunca más.

Será ahora. Justo cuando llegue la hora fijada. En su momento preciso. Ahora, cuando nadie se preocupa eje mí. Cuando tengo tan próxima la evasión de este maldito lugar…

Es todo tan frío, tan blanco, tan aséptico… Esas luces crudas, que parecen dejarlo todo desnudo, que deslumbran mis ojos.

Mis ojos…

Oh, Dios, mis ojos… No, no les gusta la luz. No puede gustarles esta maldita claridad que los ciega y aturde. Pasillos, salas, escaleras, galerías, habitaciones… Todo blanco. Siempre blanco, siempre helado, como muerto. Como un depósito de cadáveres. O como un mausoleo.

Cadáveres… Un mausoleo.

Sí, eso es lo que parece todo lo que me rodea aquí.

Esa gente que deambula estúpidamente a mi alrededor, que sonríen a los médicos, que aceptan amablemente a las enfermeras y a los sanitarios… Esos pobres enfermos, que son como muertos vivientes, que parecen simples sonámbulos, de lado a lado, sin sentir, sin saber siquiera por qué están aquí…

Si al menos pudiera cerrar los ojos durante todas las horas del

día y de la noche, en tanto dura la luz aquí dentro… Luces de la calle, luces de las habitaciones, luces de los corredores, de los consultorios… Blanco todo. Muy blanco. Como las baldosas, como las batas de los médicos, como los uniformes de los enfermeros, como los vasos de leche que me administran cada noche, con ese sedante que me hace dormir, que, cuando menos, da alivio a mis ojos, cuando los párpados caen y les permiten reposar, sin advertir siquiera esa estúpida luz tamizada, rojiza, que dejan encendidas en las habitaciones todas, como si dejarnos a oscuras fuese lo más peligroso del mundo. Como si fuésemos animales salvajes, que se enfurecieran en la oscuridad.

Oscuridad… Ah, qué alivio, qué gran alivio sentirse en la oscuridad y, en ella, ver. Ver a los demás. Ver la auténtica forma de las cosas y de los seres. Moverse sigilosamente, deslizarse hacia alguien, sentir que las uñas crecen, que las manos se tornan zarpas, garras capaces de destrozarlo todo. El aliento se vuelve susurrante, como un jadeo, como un murmullo ronco… Como un ronroneo apagado que significa complacencia… Y entonces… entonces, ¡zas! Extender las zarpas… arañar… ¡arañar profundamente, hundiendo las uñas hasta el fondo mismo de aquello que se araña…!

Ah, qué placeres inesperados y maravillosos posee la oscuridad… Pero aquí es imposible gozar de ella, sentirse cómodo y quieto en las sombras, esperar a que un desperezamiento sensual le incite a uno a lanzarse sobre algo que se mueve. Y arañar, arañar siempre…

Por eso tengo que hacerlo. Debo huir. Escapar de aquí, de alguna forma. A pesar de que no será fácil, lo sé. Ellos tienen toda clase de medios para impedirlo. Ellos son listos. Y no hacen concesiones. Nunca las hicieron, aunque encubran su hipócrita egoísmo y ferocidad animal con esas sonrisas estereotipadas, falsas, llenas de absurda bondad y comprensión para nosotros, los enfermos…

¡Enfermos!

Otra de sus malditas mentiras, de sus engaños vergonzosos. Nosotros… todos enfermos. Es lo que ellos dicen. Con eso justifican nuestro internamiento, el aislamiento en que nos tienen… Enfermos… No digo que los demás no lo estén. Lo cierto es que todos o casi todos los que me rodean están realmente enfermos. Son

pobres pacientes, gentes taradas, no hay duda. Viven una existencia ridícula, como monigotes en manos de esos médicos que experimentan con ellos… ¡Médicos! Verdugos, diría yo. Gentes sin corazón ni alma…

Luego, hablan orgullosamente de sus experiencias, de su capacidad de curación sobre sus pacientes. Presumen de todas esas complejas palabras de «psiquiatría», «neuropsiquiatría», «electroencefalografías», «tratamientos de *shock*», y todo lo demás. Nos ponen etiquetas. Sucias etiquetas de nombre científico, como «neuróticos», «paranoicos», «esquizofrénicos», y otras lindezas semejantes. ¡Hatajo de carniceros sin conciencia! Eso es lo que todos ellos son.

Todos. Incluso él… Ese joven médico, el nuevo… Dicen que es el mejor de todos. Quizá tengan razón. Parece buen médico. Pero no deja de ser eso: un médico. Trata más amablemente, con mayor humanidad Sonríe poco, pero su sonrisa es más sincera. O lo parece. De todos modos, no me fío de él. No debo fiarme de nadie. Con engaños, con sonrisas, con habilidad, terminan conduciéndonos a lo peor. Al desastre final. A la camisa de fuerza, a la celda de castigo… o a la galería de locos furiosos e incurables.

No. Yo sé mucho de todo eso. Por algo estoy perfectamente bien, con la mente equilibrada, con mi cerebro totalmente sano, digan ellos lo que digan.

Sí… Ya se acerca el momento. Ya se han retirado todos los enfermos. Todos los médicos. Todas las enfermeras y sanitarios, excepto los de guardia de noche…

Ahora es la ocasión adecuada. Está mi enfermera, naturalmente. Esa enfermera antipática y odiosa que me traerá de un momento a otro el vaso de leche, el sedante… y su asquerosa sonrisa fría y hostil, que es igual que su mirada despreciativa, fija siempre en mí, como burlándose de mi condición, como si ella perteneciera a una raza superior, y yo no fuese sino un pobre animal encerrado en una jaula zoológica.

Está ella. Es el único obstáculo, en estas horas de la noche, entre mi persona y la libertad del exterior, de la oscura y hermosa noche…

Ella… y el timbre. El timbre de alarma. Su sola acción pondría en pie inmediatamente a toda la clínica. Y ya nunca podría

abandonar este lugar de pesadilla. No, no debo pensar en esa espantosa posibilidad.

Debo pensar en que salvaré el problema. Todo estriba en que la enfermera no llegue a pulsar el botón. En que la alarma no funcione. En que todo parezca normal y apacible en el edificio.

Luego… luego, todo consistirá en la evasión. En la fuga. En escapar de aquí, sea como sea. En ir lo más lejos posible. Pero eso ya no ofrecerá problemas. Una vez fuera de estos muros, lejos de esas luces, de esos blancos corredores… la noche será suave, aterciopelada y oscura. Será fácil fundirse en ella, desaparecer en sus sombras. Para no volver nunca más aquí. Nunca, lo juro. Nunca.

He mirado el reloj mural, al entrar en mi habitación individual y cerrar la puerta que me separa del largo, angustioso corredor blanco y frío. Son las diez menos diez minutos. Sólo faltan esos diez minutos para que se apaguen algunas de las luces del recinto, y se inicie el turno de noche, durante el que los pacientes estamos obligados a descansar. Y ellos, obligados a vigilar. A vigilarnos siempre, como si fuéramos alimañas peligrosas, encerradas en urnas de vidrio en un odioso laboratorio.

Dentro de diez minutos llegará ella, la enfermera. La señorita Perkins, con su mirada altiva, con su sonrisa sin expresión, con su bandeja. Y en ella, el vaso de leche, las cápsulas sedantes…

—Tómese esto —me dirá.

Y yo tendré que tomarlo. Como cada noche. Luego, poco a poco, llegará el sueño. Ella se sentará un rato ahí, frente a mí, a leer uno de esos estúpidos magacines sentimentales que a ella le gustan. Leerá con hastío, con aburrimiento. Si al menos montara guardia en la habitación de uno de esos jóvenes a los que devora con su mirada de ninfómana… Ella sí que está loca. Loca por unos pantalones, la muy sucia. Presume de su tipo, de sus formas. Lleva el uniforme muy ceñido, lo he notado. Sus costuras indican que se lo arregló para que los médicos, los enfermeros… y hasta los pacientes vean la clase de torso que se gasta. También lleva la falda más corta que las demás enfermeras. Y se cruza de piernas en cuanto puede, para que admiren sus pantorrillas. No aquí en mi habitación, claro.

La señorita Perkins leerá hasta que me duerma. Luego, se irá a otras habitaciones, tal vez a coquetear con los médicos de turno de noche… Como una maldita ramera.

A veces, todavía tengo que soportar frases de esa repugnante mujer. Frases que me hieren, que me irritan, que provocan mi ira. Y tengo que dominarme, sin embargo. Tengo que soportar escucharle cosas como:

—Debe de sentirse feliz de no estar en un centro psiquiátrico del Estado, o en un establecimiento gratuito, después de todo. Ésta es una clínica privada. Y muy cara, ya lo creo. Muy cara. Con comodidades, buenos médicos… Así debe dar gusto estar enfermo.

O bien me recuerda, con insolencia imperdonable:

—Vamos, vamos. Debe dar gracias a su hermana. Ella es una gran persona, no lo dude. De no haberle destinado esa suma mensual a sus atenciones clínicas, ahora estaría en cualquier centro hospitalario, entre cientos de pacientes, y no en régimen de internado particular, en una residencia como ésta… Su hermana es un ángel de bondad. Si supiera lo que le cuesta su alojamiento aquí, no estaría siempre de mal humor, siempre protestando…

Y por si todo ello fuera poco, a veces aún me recuerda:

—Ya ve: incluso ha venido de visita un par de veces en este período de tiempo… No puede negarse que su hermana siente verdadero amor por usted… Es una gran chica. Tan generosa con todos nosotros… Nos pide que le pongamos todo nuestro cuidado y atención. E incluso nos dio una generosa propina por ello…

Mi hermana… ¡Oh, Dios, cómo la odio también a ella! Siempre ella… Siempre la buena, la generosa, la noble y caritativa hermanita… Ella…, ella es el ángel de esta historia.

Y yo…, yo el demonio.

Pero, Dios mío, ¿por qué tiene que ser así? ¿Por qué ella ha de ser la preferida siempre, la que todos miman?

Sí, ella es mujer. Mujer joven, hermosa, llena de encantos, de atractivo físico, con un rostro muy bello y con un cuerpo espléndido y deseable, lo sé…

Pero…, pero ¿acaso no soy yo, también, todo eso, como hermana suya que soy?

Siendo mujer, hermosa y llena de atractivos…, ¿por qué estoy aquí dentro, prisionera de estos helados muros blancos?

* * *

Ya está.

Es el momento. Ahora mismo.

Cree que me he tomado las cápsulas. La señorita Perkins piensa que me he dormido con el sedante. He sido muy astuta en tomar ayer esas dos tabletas analgésicas del botiquín, cuando me fingí desvanecida. Son de igual color y tamaño que las sedantes, ya lo había advertido previamente. Todo lo estudié de modo minucioso.

Ahora, ella bosteza. Va a terminar esa página, y se incorporará para marcharse. Irá hacia la puerta. Para ello, debe pasar junto a mi cama. Es suficiente. Sí, creo que es suficiente…

Justo. A través de los párpados entornados, que ella cree totalmente cerrados, puedo seguir sus movimientos, sus gestos. Me ha mirado. Se ha puesto en pie, estirándose el uniforme para acentuar más aún la prominencia de sus senos. Y va a rodear mi cama, en dirección a la puerta de salida…

Mis músculos están encogidos, mis nervios rígidos, mis tendones a punto de flexionarse y dispararse como ballestas de acero. Bajo la sábana, mis manos se engarfian. Como las zarpas de un felino. No está totalmente oscuro, pero la penumbra es agradable. Puedo moverme en ella con tanta suavidad, con tanta elasticidad y silencio…

Ya. Ahora.

Pasa rozándome. Sus caderas ampulosas mueven ligeramente mis sábanas. Me da la espalda. Sus macizas nalgas se interponen entre la luz de noche y mis ojos. Casi es oscuridad total en un fugaz instante.

Y yo…

Yo salto sobre ella.

Como un felino. Se revuelve. Intenta gritar. He tapado con una mano su boca. Luego, la otra mano presiona su cuello, se cierra sobre su garganta.

Es fuerte. Muy fuerte. Y sabe algo de lucha. Intenta una llave conmigo. Fracasa. Soy como un gato o un leopardo. Elástico, terriblemente móvil y ágil mi cuerpo…

Está asfixiándose. Se agita, se debate desesperadamente en mis brazos. Yo la golpeo, secamente. Con fuerza. Contra el respaldo de metal de mi cama. Su cabeza choca dos veces con golpe sordo. Eso y la asfixia de mis dedos en su garganta, la desvanecen.

Sigo golpeando, sigo apretando. Ya no se mueve. Está

inconsciente. Pero yo sé que no está muerta. No aún. Debo seguir. Hasta el fin. Es tan odiosa la maldita señorita Perkins… No va a exhibir más su cuerpo por ahí. No mirará con desprecio y orgullo a más pacientes suyos. No. No más.

Ahora, ella está a mi merced. Por vez primera desde que entré en este maldito establecimiento, tengo vencida a mi guardiana, a la mujer a quien detesto con toda mi alma. Ella es uno de los mil rostros abominables que para mí simbolizan esta cárcel sin rejas, mil veces peor que la más lóbrega mazmorra porque allí, cuando menos, hay sombra, hay oscuridad, que es como haber paz, alivio al sufrimiento de mis ojos deslumbrados, de mi mente, cegada por el blanco alucinante de este horrible lugar en que me encarcelaron los supuestos afectos entrañables y generosos de mi «querida hermana»…

Y como la señorita Perkins, la aborrecible señorita Perkins está ahora a mi merced, es el momento. Sí, es el momento de la revancha. De una vez por todas.

Primero, lo que está medido y planeado: el uniforme. Sin él, nunca saldría de esta casa. Es mi llave para alcanzar el jardín. Luego… todo lo demás dependerá de mi propia astucia y capacidad de improvisación. Y de la suerte, por supuesto.

El uniforme de enfermera. Blanco, bien planchado, impecable… aunque algo estrecho, dadas mis medidas anatómicas. Pero más estrecho le sienta a esta arpía de curvas lascivas y apetitos sensuales. Me irá bien.

El uniforme, sí…

Y ahora, una vez despojada de él, sólo con sus blancas medias ceñidas a los muslos, con su *slip* y su corpiño, tan ajustados y diminutos… el cuerpo de esa mujer está a mi merced. Totalmente a mi merced, tendido a mis pies. Inconsciente.

Alzo mis manos. Miro mis dedos, largos y sensitivos. Mis uñas… Largas uñas. Afiladas uñas… Muy afiladas. Parece…, parece como si crecieran más aún, a medida que la sed de sangre crece dentro de mí… Mis manos… son como garras.

Garras de felino feroz, que se van a hincar en esa mujer, que van a estrujar su garganta hasta la muerte.

Y que luego…, ¡luego desgarrarán su carne, su piel, hasta verla convertida en un sangrante guiñapo a mis pies…!

Siento mi garganta jadear… Es como un ronroneo. El ronroneo feliz de un gato. Apago la leve luz de noche bruscamente. Me muevo en la sombra, palpo las formas de mi víctima indefensa…

¡Pobre señorita Perkins! Ahora quiero reír. Quiero / reír… y sólo brota ese sonido, como un ronroneo feliz que se convierte en un maullido. Como el maullido de un gato.

Y mis ojos brillan. Estoy segura de que brillan, convertidos ya en las pupilas fosforescentes de un felino…

Como los ojos de un gato…

La sangre corre. La sangre de la señorita Perkins corre por mis dedos, cuando rasgo y rasgo con mis zarpas en su rostro, en su cuello, en sus senos prominentes…

CAPÍTULO PRIMERO

EVASIÓN

—Es horrible. Realmente horrible…

La sábana cubrió el cuerpo de la infortunada. Sarah Perkins, enfermera de profesión, quedó oculta bajo la tela blanca. Un silencio profundo y tenso reinó en la estancia. Desde la puerta, un agente uniformado se mantenía con la mirada fija en el cadáver recién tapado. Luego elevó los ojos hacia los restantes personajes que ocupaban la que fuera habitación de una enferma allí recluida.

El doctor John Lawrence Daniels, director de la clínica psiquiátrica New Horizon, cambió una mirada con los dos hombres situados junto a él.

—Y ahora…, ¿qué puede hacerse? —quiso saber.

El inspector Lawton, de New Scotland Yard, se frotó el mentón, pensativo, antes de mirar a su vez al doctor Daniels. Luego, sacudió la cabeza, indeciso.

—No sé —admitió—. En estos casos, lo rutinario es decir que se buscará al evadido por todo Londres. Y por toda Inglaterra, si es preciso. Pero sólo soy un policía.

—¿Sólo un policía? —repitió el psiquiatra, asombrado—. ¿Y qué más quiere usted ser?

—Médico, por ejemplo —sonrió el hombre de media estatura y recia figura que se encargaba de la investigación policial. Sus grises ojos astutos revelaron preocupación.

—¿Médico? Yo soy médico, inspector —replicó Daniels—. ¿Y de qué me sirve ahora?

—De mucho más, en este caso, que de ser yo inspector en

Scotland Yard —resopló Michael Lawton—. Usted sabe todo o casi todo sobre el asesino. Yo, no.

—Mis datos son puramente clínicos, inspector. No servirán de mucho, si usted no da con el asesino antes. ¿O debemos concretar que es la asesina?

—Una mujer… —suspiró Lawton. Y se estremeció, al recordar los horribles desgarros producidos en el cuerpo de la víctima—. Dios sea loado, doctor Daniels, ¿qué pudo utilizar esa mujer para…, para destrozar así a su víctima? Supongo que no dejaron a su alcance objetos incisivos, como púas, garfios o cosa parecida…

—Cielos, inspector, ¿cree que esto es un arsenal o una ferretería? —se escandalizó Daniels—. Mi establecimiento conserva la totalidad de las medidas más elementales para impedir un desastre parecido. Imagino que ella…, ella usaría sus uñas, sus dientes, no sé…

—Uñas y dientes… —Lawton hizo un gesto de desagrado ostensible—. Dios mío, doctor, ¿tan feroz es? ¿Tan peligrosa y cruel?

—No lo hubiera podido afirmar antes. Pasó los tests muy hábilmente. Pero no hay duda sobre su anormalidad mental. Ignoraba si era una paranoica o una esquizofrénica. Ahora, parece estar fuera de duda ese aspecto de la cuestión.

—Quizá para usted, doctor, pero no para mí. Ya le dije que un médico entendería siempre mucho más de este caso que un policía. ¿En qué estriba la diferencia entre ambos casos clínicos, si tiene la bondad de explicármelo?

—Yo mismo lo haré, inspector —terció el tercer personaje, silencioso hasta entonces—. La diferencia es muy sutil para quien no se mueve en el mundo de los alienados y los anormales o psicópatas. Según le ha dicho el doctor Daniels, había dos posibilidades para nuestra joven y bella paciente: o bien ser una paranoica, o bien una esquizofrénica. Era un caso en estudio todavía. Desgraciadamente, su desenlace ha sido imprevisible. Ella se ha evadido, asesinando previamente a la enfermera de noche que velaba su descanso. Logró salir del edificio, disfrazada con el uniforme de la enfermera y, una vez en el exterior, se las ingenió para saltar la valla sin provocar la alarma. Cuando fue encontrado el cadáver de Sarah Perkins, era ya demasiado tarde para intentar

nada.

—Todo eso lo sé, doctor…

—Flynn —sonrió el joven de cabellos castaños, muy claros, y ojos azulgrises. Se inclinó, cortés—. Doctor en psiquiatría Raymond Flynn. Soy irlandés de origen, pero educado en Inglaterra.

—Bien, doctor Flynn. ¿Y esa famosa diferencia entre ambas dolencias mentales?

—El esquizofrénico sufre una destrucción de su propia personalidad, se altera su carácter paulatinamente y se disgrega del medio en que vive, para crearse uno propio, a su antojo y conveniencia. Cuando llega la alteración de la personalidad, se alteran también todas sus potencias psíquicas, como la memoria, la efectividad, el sentido de la propia identidad… El final irremisible de esa situación, suele ser la demencia total.

—Ya. ¿Y la paranoia?

—Es una psicosis de evolución muy lenta, pero fatal e inflexible. Se caracteriza, principalmente, por delirios sistematizados, razonados con una cierta lógica, lo que determina en el enfermo una desviación absoluta de su modo de reacción intelectual.

—Como usted dijo, doctor, una diferencia muy «clínica» —suspiró el inspector, ceñudo—. Creo entender que el mayor matiz estriba simplemente en que un caso es de destrucción y alteración de la personalidad… y el otro el de una evolución de delirios progresivos, hasta que la mente llega a razonar con una falsa lógica, en un mundo de completa locura.

—Eso es, aproximadamente, inspector —asintió el joven médico.

—Bien. ¿Y en qué apartado situarían ustedes ahora a su paciente?

—En principio, yo sostuve que podía ser una esquizofrénica. El doctor Daniels lo puso en duda y se orientó hacia la paranoia. Ahora, debo confesar que él llevaba la razón.

—¿Por qué?

—La paciente sufre una curiosa obsesión. Es el «delirio sistematizado» de que le hablé antes. Ella lo razona con esa lógica tan peligrosa en el loco, que le aproxima al cuerdo mucho más de lo que la gente imagina, pero invirtiendo los conceptos totalmente. Y así, esa muchacha ha llegado a creerse, de verdad… una mutante.

—¿Una mutante? —Pestañeó con celeridad el hombre de New

Scotland Yard.

—Eso es. Según ella, sufre una peculiar mutación. Cuando llega la noche, o bien cuando se halla en la oscuridad…, ella deja de ser humana. Y se transforma en…, en un felino. En un gato.

—¡Un gato! —se escandalizó el inspector Lawton, aturdido.

—Un gato, sí. Ahí está el principio de todo. Para ella, resulta completamente lógico que la oscuridad y la noche alteren su personalidad y la parte humana deje paso al felino que cree llevar dentro. Un gato particularmente salvaje, feroz y peligroso, inspector. Un gato capaz de… de matar.

—Un gato que mata… —Se estremeció el policía, dirigiendo una mirada instintiva al cuerpo tendido en el suelo, bajo la sábana—. Ahora entiendo: los arañazos, los desgarros sobre el cuerpo…

—Eso es. Reacciona como un felino salvaje, un gato montés o un ocelote, diría yo. En ese momento, ella cree ser un gato. Y obra como tal, dando rienda suelta a unos instintos feroces que, siendo humana, o creyéndose humana, no dejaría nunca brotar a la superficie.

—Y eso… ¿no podría ser, también, una forma de esquizofrenia? —dudó Lawton.

—Sólo en cierto modo —sonrió el joven psiquiatra, moviendo negativamente la cabeza—. Inspector, los esquizofrénicos acostumbran a alterar su personalidad, anulándola, y adoptando la de otra persona. Pero no he tenido ningún caso en que un enfermo de esas características se crea un animal determinado. Eso entra más en la zona de los delirios o alucinaciones que el paciente admite como evoluciones propias, hasta convencerse de que ocurren realmente, y van destruyendo su raciocinio. Lamento estar yo en un error, pero el doctor Daniels es quien tuvo razón: Kathy Stevens es… una paranoica peligrosa. Una demente homicida, inspector. Ya tenemos la prueba evidente.

—Sí, eso veo. —Lawton paseó junto al cadáver, y se quedó mirando la cama vacía, donde reposara la paciente evadida de New Horizon—. Sé muy poco sobre esa joven y las circunstancias de su internamiento aquí, señores. ¿Tiene familia?

—Sólo una hermana. Ella es quien costea su internamiento aquí, y ha evitado que fuese a parar a un sanatorio del Gobierno. Es muy caro mantener aquí por largo tiempo a una paciente. Su hermana

destinó una cuenta corriente bancaria, de trescientas cincuenta libras mensuales de asignación, a nombre de Kathy Stevens, mientras ella permaneciese recluida en nuestra clínica —era el doctor Daniels quien le informaba ahora.

—Entiendo. Una hermana altruista —ponderó el policía—. ¿Los motivos de ese internamiento, doctor…?

—Agresión a su propia hermana, con ánimo de matarla —suspiró el director de la clínica psiquiátrica.

—¿Qué? —masculló Lawton, sobresaltado—. ¿Denunció ella ese hecho?

—No. No trascendió nada a la policía. Su hermana tuvo la suficiente serenidad para ocultar el hecho y proceder a cuidar de Kathy. Tampoco se supo nada, con la sola excepción de nosotros mismos, sobre la agresión anterior a un hombre, por parte de Kathy, con grandes desgarros producidos por sus uñas en el cuello y rostro del agredido. Ni éste ni la hermana de la paciente quisieron denunciar el hecho para evitar problemas mutuos. Ella se hizo cargo de la tutela de la enferma, pero tras el ataque sufrido en sí misma, optó por esta medida, más prudente y segura…, al menos en teoría —hubo cierta amargura en el comentario irónico del doctor Daniels—. Ahora… me pregunto qué va a suceder si la policía no la encuentra a tiempo.

—A tiempo… ¿de qué, doctor Daniels? —se interesó vivamente el inspector Lawton.

—De atacar a otra persona, imagino —fue la respuesta—. Tal vez de asesinarla, como lo ha hecho con la enfermera Perkins…

El policía asintió, pensativo, con la cabeza baja, al parecer abstraído en sus nada halagüeñas reflexiones. El joven doctor Flynn le estudiaba de soslayo, a la espera de algo que pudiera significar actividad concreta. Algo que condujese, de un modo u otro, a la detención de la evadida.

—Necesito, fundamentalmente, su ayuda —habló el inspector—. Y no me refiero solamente a lo rutinario, como es descripción, fotografías y datos de la enferma, si los hay en sus archivos, o el domicilio de la hermana, si lo tienen, como supongo. Quiero decir que sólo imaginando lo que ella será capaz de hacer en las actuales circunstancias, podríamos llegar a alguna parte, acercarnos más y más pronto a esa peligrosa joven… Ahora, ya no se trata solamente

de una paciente suya, más o menos enferma de la mente, sino de… una mujer culpable de asesinato. Alguien que, guiado por su anormalidad, puede cometer otros homicidios. En suma: tendrá que ser una caza sin cuartel. Pero siempre teniendo en cuenta que la persona que buscamos es una paciente y, por tanto, no es responsable de sus actos, aunque sí debe ser recluida de un modo más seguro que ocupando simplemente una plaza en una clínica privada. Como comprenderán, caballeros, el caso ha escapado de sus manos, en su doble vertiente clínica y humana. Pero seguimos necesitando de ustedes porque quizá en todo Londres, nadie como los médicos que la han tratado últimamente para manejar a esa difícil criatura y prever sus inmediatos pasos.

—Yo, personalmente, siento un temor, inspector Lawton —de nuevo era el joven doctor Flynn quien hablaba, y el doctor Daniels le miraba, ceñudo, como preguntándose qué iba a exponer su joven colega y subordinado.

—¿Sí, doctor? —se interesó Lawton—. ¿Qué temor es ése?

—El de que ella pretenda herir, en primer lugar, a la persona que más bien ha hecho por ella: su propia hermana…

—Ya —el policía apretó las mandíbulas, seriamente preocupado —. Intentaremos que eso no suceda. Díganme, por favor, ¿dónde reside esa joven?

—En Kilburn, casi en las afueras de Londres… Una residencia rodeada de jardines, muy bella y confortable. Las hermanas Stevens son de buena posición social, de excelente familia. Kathy y Marsha Stevens vivieron siempre con holgura y sin problemas. Lo cierto es que Marsha, como hermana mayor, aunque con ligera diferencia de edad, es la cabeza de familia y quien maneja los fondos de los Stevens, pero nunca ha parecido existir problema entre ellas en ese sentido. Solo…, sólo la enfermedad de Kathy ha podido alterar los acontecimientos. Cuando menos, es lo que hemos averiguado, a través del psicoanálisis de la propia Kathy, y de lo que nos contó Marsha por carta y también personalmente cuando visitó en dos ocasiones a su hermana.

—Muy bien. Apuntaré sus señas y enviaré allí un agente a que vigile la casa, en tanto llego yo a visitar a la señorita Stevens.

—Si va hoy mismo, no creo que urja demasiado enviar a un agente —señaló Flynn.

—¿Por qué?

—Porque hay que tener algo en cuenta, inspector: hasta que sea nuevamente de noche, no existirá peligro de ataque. Durante el día, a plena luz, Kathy Stevens no pensará que se transforma en felino… y no atacará a nadie.

—¿Tienen alguna idea del lugar donde pueda ocultarse entretanto? —indagó el inspector Lawton.

—No, ni la más mínima —suspiró Flynn—. Es posible que tengan ustedes que aguardar a la caída de la noche para tratar de que ella salga… y pueda ser capturada en algún lugar de Londres. Estoy seguro de que no abandonará la ciudad, en tanto no haga algo que ella considere trascendental. Como…, como matar a su hermana, por ejemplo.

—Dios mío —resopló Lawton, ceñudo, con gesto sombrío—. Resulta horrible mi trabajo habitualmente. Buscar criminales no es una diversión, señores. Pero habérselas con una persona demente, cuyas reacciones son imprevisibles… rebasa todo lo imaginable. Veamos, por favor: esos datos de Kathy Stevens… y los de su hermana Marsha, se lo ruego.

—Sí, inspector. —Daniels salió delante de él, para cuidar de aquellos detalles, y antes de que pudiera seguirle al corredor el inspector de Scotland Yard, le detuvo el doctor Flynn poniendo inesperadamente una mano sobre el hombro del policía.

—Un momento, por favor —pidió con voz grave, no elevando mucho su tono, como si no deseara ser oído más que por el propio Lawton.

—¿Sí? —Intrigado, el inspector giró hacia el joven médico irlandés.

—Deseaba pedirle un favor personal —dijo Raymond Flynn.

—¿Personal? Adelante, ¿qué es ello?

—Me gustaría… buscar por mi propio lado a la paciente evadida. ¿Puedo hacerlo, inspector, sin que a usted le contraríe tal hecho?

—Bueno, es usted su médico y me parece una buena idea, pero… ¿cree que es tarea a cumplir por usted?

—Tal vez no. Por eso le dije que era algo personal.

—Ya. Bien, doctor. No puedo autorizarle oficialmente a eso, porque puede implicar riesgos para usted. Las calles de Londres no

son ya su clínica. Sin embargo, no me opondré a que busque a su modo, si tanto le interesa su paciente como tal… o como simple mujer —terminó Lawton, con suave ironía, clavando sus ojos en el joven psiquiatra.

El rostro enérgico y anguloso del médico no se alteró lo más mínimo. Es más, esbozó una leve sonrisa, mientras movía negativamente la cabeza.

—No, inspector —rechazó—. No hay nada sentimental en mi petición, créame. Sólo pretendo seguir un caso clínico que he iniciado personalmente… y cuyo horrible desenlace me ha afectado profundamente. Me siento fracasado en parte, y me gustaría encontrar a esa muchacha antes de que ella pudiera reaccionar con violencia, y obligar a la policía a herirla o… a matarla. Además, quizá yo podría evitar que su demencia la condujese de nuevo al crimen. Es sólo un intento, inspector. Pero creí preferible consultárselo a usted.

—Está bien, doctor Flynn. Adelante. Busque por su lado. Y si descubre algo, hágamelo saber. Puede actuar como médico, pero no como aficionado a policía. Eso sí que es un riesgo que no podemos correr en absoluto, ¿entendido?

—Entendido, inspector. Y gracias.

* * *

Las luces se fueron apagando paulatinamente en las diversas instalaciones de Paddington Recreation Ground. Las pistas de tenis, asomadas a Randolph Avenue, estaban ya desiertas por completo. En las boleras del lado norte, hacia Maida Vale, aún se veían reflectores sobre los campos de césped, las vías de cemento y los campos de arena del cercano minigolf junto a los pabellones de juego de bolos.

Los últimos socios iban saliendo por las amplias verjas, hacia Band Strand y Grantully Road. La última en abandonar el lugar, riendo jovialmente tras un grupo de muchachos de las boleras, fue *lady* Jane Ashton, agitando su rubia y larga cabellera, cogida por una cinta, sobre su rostro jovial, risueño, de grandes ojos azules, y ataviado su cuerpo juvenil y elástico con la indumentaria blanca del tenis. En su mano, la raqueta oscilaba graciosamente al aire, como siguiendo el compás de su paso sobre los bordes de asfalto, hacia los

vestuarios del club deportivo privado del que era miembro casi desde que pudo andar débilmente sobre sus arqueadas piernitas infantiles.

El suave golpeteo de las suelas de goma sobre el asfalto, era sólo un blando, esponjoso roce que apenas si producía ruido en la noche apacible, algo brumosa pero no demasiado fría. El aliento, sin embargo, escapaba de su boca y nariz con leve vaho fugaz. Tras ella, se extinguieron las luces finales sobre las pistas deportivas.

Las puertas de los vestuarios se cerraron tras del grupo de muchachos que iban ante ella, a muy corta distancia. Jane Ashton se detuvo, inclinándose a atar el cordón blanco de sus zapatos deportivos de lona y goma. Para ello, dejó la raqueta junto a sí, apoyada en un saliente de cemento del sendero que serpenteaba entre el césped y los setos del deportivo campo de Paddington Ground. Cuando hubo atado la zapatilla, estiró la mano para tomar la raqueta. Ésta hizo un extraño sobre los arbustos, y rodó al otro lado. Jane frunció el ceño, malhumorada. La oyó golpear repetidamente, cada vez más distante.

Era su nueva «Dunlop» de competición. Le molestaba perderla así. Se inclinó sobre los arbustos ajardinados. La vio, allá al fondo, a un reflejo de luz de uno de los escasos focos de situación del campo de deportes. Sobre un serpenteo de asfalto, entre setos, no lejos de la verja de acceso a la pista de atletismo. Había rodado por una ladera de suave y bien cortado césped, golpeando luego un árbol para ir a parar al fondo de aquel bonito paraje ajardinado. Por fortuna, la claridad del reverbero iluminaba lo suficiente el lugar. Y Jane resolvió bajar a por su flamante raqueta.

Sus piernas, bien formadas, corrieron por la senda descendente. Los blancos zapatos y calcetines eran dos manchas níveas sobre el gris asfalto. El cuerpo suave y juvenil mostraba toda su elasticidad y belleza gracias a la breve falda sobre los muslos bronceados, y la blusa blanca, con el distintivo de un famoso jugador de tenis mundial.

Arriba, una nueva luz se apagó de repente. Jane se detuvo, aprensiva. De pronto, todo había quedado a oscuras en torno suyo, salvo el reflejo levísimo de un proyector distante, quizá del edificio de vestuarios, gimnasios e instalaciones, que dejaba suficiente claridad para ver la raqueta, allá al fondo, no muy lejos de ella.

Una carrera de cuarenta o cincuenta yardas más fue suficiente. Alcanzó su deportivo objeto. Lo tomó, alzándolo como un trofeo difícilmente conquistado, y trazó con él una curva en el aire, acariciando luego la rejilla de cuerda tensa con sus dedos. Y con una leve risa entre dientes, emprendió carrera hacia arriba, por el mismo sendero que le condujera al declive ajardinado.

Pero ahora, la oscuridad era infinitamente mayor, al quedar tras ella el reflejo de claridad distante. Realmente, corría sobre un negro sendero de asfalto brillante como charol. La humedad de la noche daba esa impresión al suelo sobre el que la goma de sus zapatos de deporte se movía de forma elástica. Alrededor, el aire olía a hierba mojada y a frescor.

La joven *lady* Ashton aceleró su carrera, sin saber la razón. Instintivamente, y de súbito, un miedo incongruente y al parecer absurdo la había asaltado. Lo cierto es que, alrededor suyo, todo permanecía tranquilo, apacible. Como siempre era el ambiente en un lugar semejante. Como había sido desde que ella lo recordaba el clima de Paddington Recreation Ground, mezcla de juventud y de burguesía, de alegría deportiva y de clásico conservadurismo muy británico.

De repente, Jane se detuvo, aguzando el oído con sorpresa. Estuvo segura de que las pisadas a su espalda habían existido, realmente.

Pisadas suaves, como un roce sobre el asfalto, o acaso sobre el césped colindante. Y al mismo tiempo, un sonido raro, susurrante, extraño… Algo como un jadeo, como el musitar de una voz profunda, apagada, casi diabólica.

Jane Ashton se estremeció. Nunca antes había sabido lo que era el miedo. Ahora empezaba a saberlo. Sin poder dominar su instinto inmediato, echó a correr casi de forma enloquecida. Tan enloquecida, que de sus dedos rígidos escapó la raqueta, cayendo entre sus piernas y trabándole los pies, con lo que perdió el equilibrio y cayó hacia el césped, dando tumbos.

Tras de ella, coincidiendo con esa caída, el susurro se tornó como un ronroneo agudo y estremecedor, que se diluyó en una especie de maullido inquietante, aterrador. Y las pisadas se aceleraron, parecieron aumentar en fuerza y sonido, como estando ya sobre ella misma, muy cerca, muy amenazadoramente cerca…

De súbito, Jane sintió que todo eso cesaba tras ella. Y se producía un silencio mucho más inquietante y terrible que cualquier otra cosa, que cualquier otro ruido. Entonces giró la cabeza. Miró tras de sí, a la oscuridad neblinosa de la noche.

En medio de un tenue halo de resplandor lejano, captó una sombra, una figura agazapada tras de ella, como acechándola entre los setos. Algo o alguien que, en cualquier instante, podía saltar sobre ella de forma mortífera.

Pero eso, con ser ominoso y terrible, no fue lo peor. Lo peor fue… lo otro.

Los ojos.

Aquellos ojos…

Dos globos fosforescentes en la oscuridad. Dos rasgados, amarillentos, felinos ojos que, como lucecillas malignas y bailoteantes, flotaban en la sombra, clavados malignamente en ella.

Ojos de amenaza. Ojos de odio, de sed de sangre. Ojos de muerte.

—No, no… —susurró la joven *lady* Ashton, horrorizada, sintiendo que sus dorados y juveniles cabellos lisos se erizaban en su nuca—. Eso no… Parece…, parece un gato… Pero un gato terriblemente grande… Un monstruo… ¡acaso un…, un tigre o una pantera…!

Se incorporó. O, cuando menos, lo intentó, rompiéndose su voz en un sollozo. A sus espaldas, algo saltó de repente. Un cuerpo elástico, felino, sinuoso, hendió el aire. Nadie hubiera podido asegurar si era un cuerpo humano o animal. Sólo que atravesaba el aire, silenciosa, muellemente, para caer sobre Jane Ashton cuando ella intentaba echar a correr, una vez en pie.

Una sombra negra, fantástica, se abatió sobre la joven figura vestida de blanco. Un alarido femenino se mezcló con una especie de maullido gigantesco, agudo…

—¡Jane! —Sonó, arriba, una voz joven, varonil, sorprendida—. ¡Jane! ¿Qué haces? ¿Por qué no vienes ya…?

Fue todo lo que dijo. El joven alto, nervudo, musculoso, deportista habitual, se quedó como petrificado, con la vista terriblemente fija en aquella mescolanza atroz de allá abajo, entre césped y setos.

Era el grito mismo de Jane lo que le detuvo. Y también aquella

especie de feroz maullido animal, como si abajo lucharan un enorme felino ávido de sangre y la joven amiga suya, de la que podía captar, borrosamente, bajo alguna forma más oscura, sus faldas breves y blancas, sus piernas bronceadas, su blusa de níveo tono, sus dorados cabellos largos y sus zapatos, tan blancos como el resto de su indumentaria, pateando sobre la hierba.

—¡Jane! —aulló luego, horrorizado, intentando correr hacia el declive—. ¡Jane! ¿Qué te sucede? ¡Alto! ¿Quién es usted? ¿Qué pretende hacerle?

Se detuvo cuando pretendía echar a correr hacia abajo. Fue como si sus piernas se aferrasen al suelo de hierba. Como si algo mucho más fuerte que él, que su voluntad o su valor, infinitamente más poderoso que su simpatía de buen amigo y camarada de Jane, detuvieran y anularan sus impulsos. Como si echara repentinas raíces de terror que le adhiriesen al terreno de los Paddington Recreation Grounds…

Y fue porque aquello se movió y miró hacia arriba.

Y el joven deportista vio unos ojos. Unos ojos clavados en él. Unos extraños, amarillentos, rasgados ojos fosforescentes, que brillaban en la oscuridad…

Unos fantasmales, terroríficos ojos de gato, de gran tamaño, de increíble malignidad, de odio y de crueldad sin límites, que le hicieron retroceder, despavorido, obligándole luego a correr, a alejarse de allí, dando gritos, sin sentir la menor vergüenza por su crisis de cobardía…

CAPÍTULO II

SANGRE

—¿Qué es lo que ha sucedido, doctor?

—Siento decírselo, señorita Stevens. Ha habido una muerte. Otra más.

—¿Otra?

—Sí... —Raymond Flynn, médico psiquiatra, contempló en silencio durante unos momentos a la persona que había aparecido ante él, y que aún daba vueltas, entre sus manos, a la rectangular cartulina donde aparecían impresos su nombre, profesión y lugar de trabajo en Londres—. Otra... Esta misma noche. Hace sólo dos horas que hallaron su cuerpo.

—Dios mío... —Marsha Stevens bajó la cabeza. Los largos, ondulados cabellos rojos, cubrieron su rostro demudado. Las manos suaves, sensitivas, de largos dedos esbeltos, temblaron levemente—. ¿Ha sido..., ha sido...?

—¿Ella? —Flynn se encogió de hombros, con un gesto elocuente pero a la vez ambiguo—. ¿Quién puede saberlo? Lo cierto es que el cadáver de una joven muchacha, *lady* Jane Ashton, de las mejores familias de Londres, apareció destrozado, bañado en sangre, con cuello y rostro, con senos y vientre desgarrados a zarpazos, en un campo de césped de Paddington Recreation Grounds.

—Cielos... —Marsha Stevens tuvo que aferrarse al borde de una mesa, con mano crispada. Pero a pesar de eso se mantuvo firme, erguida, dueña de sí—. ¿Pudo..., pudo ser ella, realmente, doctor? Usted se ocupaba de ella en la clínica. Le ruego que me informe al respecto...

—Señorita Stevens, nunca tuve el placer de hablar personalmente con usted, puesto que sus visitas a la clínica no tenían por qué ser controladas por mí, sino por el doctor Daniels, que es quien se ocupó de atenderla debidamente. Pero de cualquier modo, soy tan responsable como él de lo sucedido, ya que su hermana Kathy era paciente mía… De veras lamento lo que está sucediendo, pero la verdad es que no podría decirle si ella mató a esa muchacha de Paddington aunque, desgraciadamente, los hechos coinciden justamente con lo que estábamos esperando y temiendo, y Scotland Yard ya ha tomado partido en el asunto, resolviendo que las heridas son muy similares a las sufridas por la enfermera Perkins y, por tanto, Kathy Stevens es la sospechosa número uno en ese suceso.

—No le pedí la opinión de la policía, doctor, sino… la suya propia —el rostro de la hermosa dama de cabellos rojos y profundos ojos verdes se alzó hacia el joven médico, fijando en él su mirada—. ¿Cuál es esa opinión, realmente? Seamos francos, se lo ruego.

Raymond Flynn estudió pensativo a Marsha Stevens, la hermana mayor de Kathy. De no haber sabido que tenía dos años más que su paciente, evadida de la clínica, hubiera jurado que incluso era más joven. Cuando menos, era igualmente bella y atractiva, a pesar de los arañazos y de las cicatrices que, pese a ser leves ya, cruzaban su rostro, como huella del ataque demencial de su propia hermana, antes de ser internada. Incluso el parecido con Kathy era notable, aunque ella fuese más pálida, de cabellos rojos en vez de oscuros, y de ojos verdes en vez de color avellana, y también su gesto tuviera otra suavidad, otra dulzura, otro aire de coherencia, de buen juicio, de sentido y equilibrio. Algo, evidente pero intangible, que la diferenciaba totalmente de su hermana Kathy, enferma de la mente, presa del mayor de los azotes de la humanidad: la locura…

—Verá, señorita Stevens… —Eligió cuidadosamente las palabras —. Podríamos hallarnos ante cualquier otro hecho aislado, sin conexión alguna con la fuga de su hermana de la clínica psiquiátrica, si no fuera por ciertos inquietantes puntos que parecen coincidir de modo preciso con nuestras propias teorías.

—¿Qué hechos, doctor?

—Un joven amigo de *lady* Jane Ashton llegó a ver la figura del agresor, borrosamente, en la oscuridad de los campos de césped.

Fue apenas un instante, porque en seguida desapareció entre los setos, y fue inútil cuanto hicieron él y otros camaradas avisados urgentemente para localizar al asesino. No obstante, tenemos su testimonio y la verdad… resulta escalofriante, señorita Stevens.

—¿Por qué? —quiso saber ella, dominando sus aprensiones de modo evidente, con los ojos muy abiertos, y profundamente llenos de angustia. Se acercó unos pasos al médico, repitiendo la pregunta —: ¿Por qué es tan escalofriante, doctor Flynn?

—Porque el testigo… captó un sonido peculiar cuando se producía la agresión. Un sonido que se mezcló con los gritos de agonía de la víctima. Ese sonido era… como el maullido de un gato.

—Dios mío…

—Y aún hay más. El afirma rotundamente, y no duda en jurarlo, que en la oscuridad eran visibles dos ojos fosforescentes, dos ojos felinos… Amarillos y luminosos, como los de un gigantesco gato…

Marsha Stevens inclinó la cabeza, anonadada. Parecía sentirse vencida por aquel horror que mencionaba su joven visitante. Y había razones para ello, Flynn lo sabía.

Luego, la joven hermana paseó por la estancia de aquel apacible y alegre cottage en Brondesbury Road, Kilburn, como asimilando lentamente la tremenda información. Flynn observó cómo estrujaba ambas manos entre sí, convulsivamente. Como médico, entendía bien la emoción que estaba viviendo aquella muchacha en esos momentos.

—Usted sabe… que ella, a veces, cree convertirse en un gato… —musitó roncamente.

—Sí, lo sé.

—Pero aunque hubiera sido ella la culpable…, ¿cómo explicar lo que captó el testigo? Ambos sabemos muy bien que no basta creer algo, para que sea realidad. Sabemos que la supuesta mutación sólo tiene lugar dentro de la mente de la enferma. Ella…, ella no puede maullar. Ni sus ojos brillarán en la oscuridad, como los de un auténtico gato…

—He pensado en todo eso —suspiró Raymond Flynn, pensativo —. He llegado a la conclusión de que no tiene una explicación lógica, entre otras cosas porque esos jóvenes deportistas de la buena sociedad londinense que compartían los juegos deportivos con *lady* Jane Ashton, nada sabían de la evasión de Kathy, y menos aún del

proceso psíquico de mi paciente. Por tanto… ¿qué explicación tendría el fenómeno? Sencillamente, señorita Stevens, una que me aterra particularmente.

—¿Cuál? —Se estremeció Marsha, sin desviar de él sus ojos inquietos.

—Tal vez ignoremos demasiadas cosas sobre el ser humano y el poder de la mente. Incluso los que nos ocupamos de las dolencias del cerebro, podemos estar en un error… Quizá, en realidad, su hermana es capaz de convertirse en gato.

—¡Oh, no, no puede decir eso en serio! —Se horrorizó Marsha, contemplándole asombrada.

—Es lo único que se me ocurre. Por otro lado, hay algo que quisiera saber, algo que usted podría explicarme, y por lo que ahora estoy aquí.

—¿Qué es ello, doctor?

—¿Por qué se produjo ese extraño complejo en Kathy? ¿Por qué, precisamente, creer que podía convertirse en gato? ¿Por qué su cerebro se ha obsesionado con la idea de los felinos? Ese hecho ha de tener explicación en un trauma, en un motivo, por absurdo e insignificante que sea. Pero… ¿cuál, señorita Stevens? Eso es lo que me preocupa.

—Kathy… Kathy siempre amó a los gatos… —murmuró Marsha amargamente, bajando la cabeza. El sol hizo brillar sus cabellos rojos como si fueran seda hilada—. Hasta que un día…

—Un día… ¿qué? —se interesó Flynn.

—Un día, jugando ambas por el parque… sin querer, de un modo totalmente involuntario, yo… yo maté a su gato favorito.

—¿Usted hizo eso?

—Fue un accidente, doctor. Quería a ese gatito tanto como ella misma. Estábamos jugando a las amazonas. Llevábamos arco y flechas, tirábamos al blanco, clavando flechas en los árboles… No sé cómo pudo suceder. «Kitty» nos seguía, jugueteando entre la maleza. Lo hacía con frecuencia. No le vimos ella ni yo. La flecha me salió desviada una vez, oímos un maullido lastimero, algo se revolcó entre los arbustos… y, cuando acudimos, hallamos allí al pobre animal, sin vida, atravesado por la flecha, mirándonos con asombro, muy abiertos sus ojitos amarillos… Me llevé el mayor disgusto de mi vida. Pero fue peor para Kathy, porque ella tomó el

hecho de un modo obsesivo, enfermizo. Recogió al gato amorosamente, lloró y lloró, apretándolo contra su pecho, me dijo con gesto de odio que yo le había dejado sin su gatito amado, que yo era mala, perversa, cruel, y no merecía vivir… Fue un momento horrible, una crisis, pero pasó. Y creí que ya nunca volvería, aunque lo cierto es que se negaba a sepultar el cuerpo del gatito, y tuve que hacerlo yo, obligándole a entregarme a aquel pobre animal, ya maloliente.

—¿Cómo reaccionó ella esa vez?

—Muy tranquila. Pero me inquietó. Se limitó a ver enterrar a «Kitty», mirándome a mí a veces con extraña expresión. Luego, dijo algo que nunca pude olvidar: «Hermana, has vuelto a despojarme de mi gatito. Pero ya nunca más lo harás. Nunca. El gatito está en mí. Nadie podrá quitarlo de mí misma, a menos que me quite la vida. Y eso…, eso no te atreverás a hacerlo, ¿verdad, hermana?». Luego, se alejó en silencio, y ya nunca más quiso tener un gato en casa. Nunca más habló de la cuestión… hasta que, años más tarde, siendo ya mujeres adultas las dos, sucedió lo que sucedió… Y supe, con horror, que estaba enferma, mentalmente insana, y que se creía…, se creía un gato, cuando llegaba la noche y la oscuridad… —Se quedó callada unos momentos, y concluyó, con un estremecimiento—: Es…, es una horrible historia, ¿verdad, doctor?

—Pero, como usted dijo, no justifica la presencia de unos ojos amarillos y fosforescentes en la oscuridad —susurró el médico—. La voz convertida en maullido, es más factible, si la enferma se halla en un trance delirante y cree ser un gato, típica situación de una paranoica. Pero…

Dejó en el aire sus dudas. Marsha contemplaba el jardín a través de la ventana. Había un tibio sol invernal que iluminaba los setos y plantas en torno al cottage. Raymond Flynn, tras ella, dirigió una ojeada a mayor distancia, más allá de las cercas bien pintadas, más allá de Brondesbury Road y de Kilburn Park, hacia otras zonas verdes de aquel área londinense.

Marsha le miró un momento de soslayo, y captó algo raro en la expresión de su visitante. Algo que la preocupó, obligándole a hacer una suave pregunta:

—¿En qué está pensando ahora, doctor?

Flynn la miró un momento. Sacudió la cabeza, frunciendo un

poco sus cejas.

—En nada, señorita Stevens —suspiró el joven médico—. Estaba mirando, simplemente, hacia el sur de esta zona residencial. Había visto unas torres metálicas de iluminación que me recordaban algo. Ahora he recordado el qué… ¿Usted lo sabía, señorita Stevens?

—¿Si sabía… que Paddington Recreation Ground, el lugar donde ha sido asesinada esa muchacha, *lady* Jane Ashton, está tan próximo a mi casa? Sí, doctor Flynn. Lo sabía. Ya lo había pensado antes, cuando supe lo ocurrido esta pasada noche… Estoy convencida de que mi hermana Kathy… no está lejos de aquí.

* * *

El inspector Lawton salió del depósito de cadáveres con la cabeza baja, sumido en sus reflexiones. Junto a él, el doctor Daniels, director de la clínica privada de donde se evadiera Kathy Stevens, caminaba con paso firme y decidido. Parecía tan preocupado como el policía. Y mucho más impresionado.

—Terrible —musitó—. Ha sido algo realmente terrible. Esa pobre muchacha… Igual que la enfermera Perkins, inspector…

—Resulta obvio quién es culpable de ambos hechos, doctor —asintió el inspector Lawton, sin mirarle siquiera—. Estamos a la caza de un animal salvaje, mil veces peor que una pantera sanguinaria, porque la fiera es fácilmente detectable y tiene unas normas fijas de conducta que no varían gran cosa. En cambio, un enfermo mental, un loco… nunca se sabe qué va a hacer o por dónde va a salir…

—Supongo que ahora sí tendrán que ser informados los periódicos…

—Desgraciadamente, así es. *Lady* Jane Ashton era una jovencita de las mejores familias de Londres. No se pueden disimular estas cosas. El público exige información, tiene derecho a ella, y hay que dársela, nos guste o no, doctor. Sé lo que va a ocurrir con la «prensa amarilla». Sacarán a esto todo el partido imaginable. Harán de Kathy Stevens, y lo que es peor, de su propia hermana, carne de sensacionalismo de mal gusto. Deformarán los hechos y publicarán titulares escalofriantes. Sé todo eso, pero no puedo hacer nada para evitarlo, doctor. Las declaraciones del testigo contribuirán a dar a todo lo sucedido un clima de horror, de cosa diabólica, que los

reporteros explotarán a conciencia para vender más y más ejemplares de sus publicaciones.

—Pero ambos sabemos que una mujer no puede transformarse en animal, sólo porque su mente le haga pensar que es factible —rechazó el doctor Daniels.

—Conforme, doctor, pero entonces ¿cómo justificará usted ante los demás la descripción hecha por el testigo? Eso es lo que más me preocupa en todo este endiablado asunto, puede creerme…

—Sí, inspector. Le creo. Todo esto resulta espantoso. Pero va a serlo aún mucho más, cuando la prensa lo airee a su modo… Va a causar mucho daño a nuestra profesión, a nuestros métodos y terapéutica. E incluso a muchos enfermos, quizá.

—Dígame cómo podría evitarlo, y lo haré —suspiró el inspector Lawton, parándose ante el doctor Daniels—. A estas horas, los jóvenes miembros del Paddington Recreation Grounds, han hablado ya con una docena de periodistas que publicarán sus relatos en primera plana. Scotland Yard debe pronunciarse oficialmente sobre el caso y explicar lo sucedido en su clínica. Aunque no demos nombres, ellos husmearán implacablemente hasta localizar su establecimiento, doctor Daniels. Intentarán entrar y fotografiar su clínica sea como sea, y se van a ver en una delicada situación ustedes y sus pacientes. Pondré vigilancia discreta para impedir que los enfermos sean molestados con intrusiones. El resto, depende de ustedes.

—Sí, inspector, lo comprendo —el rostro de Daniels, estaba cubierto por negros nubarrones—. Va a ser una negativa y atroz propaganda contra nosotros… y no puede evitarse. Cuando menos, confío que la pesadilla dure poco, que esa muchacha sea capturada… y el asunto se olvide, inspector.

—Estamos de acuerdo, doctor. Hay que capturar a Kathy Stevens lo antes posible. Y en eso estoy. Desgraciadamente…, no sé cuándo va a ocurrir tal cosa. Ni el doctor Flynn, que nos está ayudando considerablemente, ha conseguido nada todavía…

El doctor Daniels reflexionó, con el rostro cubierto de arrugas profundas. Luego, alzó la cabeza y expuso a su interlocutor:

—Vamos a colaborar todos en este asunto, inspector, por común interés en que se resuelva de un modo definitivo. El doctor Flynn puede serles muy eficaz, puesto que tiene brillantes ideas, una gran

imaginación y una notable capacidad como psiquiatra. Pero hemos de apurar todas las posibilidades. Recurriremos también a la doctora Lee.

—¿Quién es ella?

—La doctora Hazel Lee fue quien inicialmente cuidó de la paciente Kathy Stevens, antes de que ésta se agravase, tras intentar agredir a la doctora, quizá llevada por un arranque salvaje de extraños celos femeninos. Resultaba evidente que no simpatizó lo más mínimo con ella, como le sucedió con la enfermera Perkins. Por fortuna para el caso, la doctora Lee estaba con nosotros solo provisionalmente. Cuando se fue a su consultorio de Harley Street, Kathy Stevens pareció calmarse… y hasta se sintió complacida de ver a su sustituto, el doctor Flynn.

—¿Es Kathy Stevens una ninfómana quizá, doctor?

—No, no es de esa clase de mujeres. Ni sufre tal dolencia. Pero psíquicamente, su desequilibrio la lleva a aborrecer a las mujeres atractivas. Cree que le despojan de algo, quizá porque tiene el viejo complejo de que otra mujer hermosa le despojó de algo que amaba intensamente.

—Su gato. Su hermana… —recordó vivamente Lawton.

—Eso es —asintió el doctor Daniels—. Flynn nos ha contado la antigua historia, cuando las dos hermanas eran casi niñas… Puede ser el trauma que complicó su cerebro. Sea como fuere, veía en cada mujer bonita y joven un enemigo en potencia, y centraba su odio en ella.

—Quizá por eso… ha atacado ya a dos mujeres jóvenes y atractivas…, asesinándolas —comentó el policía, estremeciéndose.

—Quizá, inspector. Eso encaja en su mente paranoica. Por otro lado, un hombre joven y atractivo como Raymond Flynn, provoca en ella sentimientos de ternura y de pasión incluso, aunque no haya en ello mucho de sexual, ya que, en el fondo, el trauma infantil no hace sino confundir en su mente a un hombre con…, con un gatito llamado «Kitty», muerto accidentalmente hace casi ocho años…

—¿Y cree que la doctora Lee puede sernos útil? —dudó el inspector.

—Es mujer. Y es psiquiatra, inspector. No se llevará demasiado bien con Flynn, porque tienen ideas opuestas sobre muchas cosas de la medicina psiquiátrica. Pero una mujer puede intuir mejor cómo

piensa otra mujer…, aunque ésta sea una enferma mental de imprevisibles reacciones emocionales…

—Está bien. Hágalo, doctor Daniels. Recurriremos a cuanta ayuda médica sea posible, aunque sigo pensando que sólo nosotros, la policía, podemos dar el cierre total a este asunto. Después de todo, ustedes buscarán a una enferma. Yo… a un asesino. Y ése, doctor Daniels, ha sido siempre mi trabajo…

* * *

Hazel Lee, doctora en psiquiatría, se despojó de sus livianas gafas con montura de metal plateado. La luz de su consultorio destelló sobre las varillas metálicas.

—Kathy Stevens… —recitó, golpeando suavemente con sus delicados dedos la carpeta que había extraído de su archivador profesional—. Sí, recuerdo el caso. No necesito repasarlo ahora.

—Bien, doctora Lee —suspiró Daniels—. ¿Está dispuesta a ayudarnos?

Ella desvió su mirada un momento hacia la faz tranquila e inexpresiva de su joven colega, el doctor Flynn. No captó en él emoción alguna. Nada favorable, pero tampoco adverso.

—Sí —convino ella al fin—. Estoy dispuesta. Pero ¿cree realmente que puedo serle de alguna ayuda, doctor Daniels?

—Estoy convencido de ello. Todos podemos ayudar.

—E impedir que ella mate a más mujeres, ¿no es cierto?

El comentario breve y conciso de la joven doctora Lee impresionó a Daniels. Incluso Flynn pestañeó levemente, aunque no comentó nada a su vez.

—Cierto —corroboró Daniels—. ¿Cómo lo supo?

—Doctor, la psiquiatría es mi especialidad —suspiró ella con cierto disgusto—. ¿Lo ha olvidado ya? Y esa joven fue mi paciente durante unas semanas. He escuchado por radio y televisión ciertas referencias al suceso de Paddington Grounds. Y también sobre la muerte de la señorita Perkins… Lo demás resulta obvio, ¿no?

—Tiene usted razón, doctora. Kathy Stevens se ha convertido en una peligrosa criminal y anda suelta por Londres. Se cree durante las noches un enorme gato asesino. Y mata sin vacilar. Siempre parece atacar a mujeres. Mujeres jóvenes y atractivas. A la enfermera Perkins la estranguló inicialmente, desgarrándole luego a

arañazos, de modo feroz. Con *lady* Jane Ashton fue peor: la joven dama resultó muerta… a causa de los zarpazos, directamente.

—Zarpazos… —meditó la doctora Lee—. ¿Llevaba uñas muy largas la paciente?

—Eso iría contra el reglamento —rechazó el médico—. No, no las llevaba. Pero preguntando a los enfermeros, creen recordar que a veces les había parecido ver sus uñas crecidas, aunque un examen posterior les descubría que no era así.

—¿Mutación? —sonrió irónicamente la joven doctora Lee.

—Cielos, no —resopló Daniels—. Tras la evasión, un policía encontró algo, registrando la habitación: una uña postiza, de plástico lacado. Algo muy habitual en las mujeres, pero prohibido en mi establecimiento. Ella las debía ocultar consigo.

—¿Suficientes esas uñas para…, para matar a zarpazos a una mujer joven y deportista?

—La doctora tiene razón —intervino Flynn, con voz seca. Miró a los ojos pardos y graves de su colega femenina, sin expresar simpatía alguna por ella—. Doctora Lee, unas uñas de plástico vulgar no pudieron causar los desgarros mortales de *lady* Jane Ashton. Esa joven dama… murió a causa de los destrozos en cuello, senos y rostro. Algo terrible. Pudieron ser las garras de un animal salvaje. O unas uñas de acero, pero no de plástico.

—Garras de animal…, ojos en la oscuridad…, maullidos… —Hasta la doctora Lee parecía algo impresionada y desorientada con todo eso—. Señores, parece que nuestra enferma fuese, de verdad, una mutante…

—Usted sabe que eso es imposible —rechazó Flynn con acritud.

Hazel Lee le contempló, entre irónica y agresiva. Su joven busto erguido palpitó con fuerza bajo su corta bata blanca de trabajo. La figura, esbelta y bien formada, tenía algo de la fría sobriedad del médico, que la distanciaba bastante del calor natural de su sexo propio. La boca carnosa, bien modelada, sin rastro de carmín en sus labios, se crispó, en un fruncimiento de disgusto.

—Muy bien, doctor Flynn —habló con belicoso tono—. Entonces, deme una explicación mejor y más plausible.

Raymond Flynn no contestó. Entre otras razones, porque esa explicación no existía, por el momento.

CAPÍTULO III

DESDE DETRÁS DE LOS OJOS DE UN LOCO — II

Soy feliz. Muy feliz.

Lo he conseguido. He conseguido todo cuanto me propuse. Y esto es sólo el principio. El principio de algo maravilloso, embriagador y magnífico. Algo que va a enloquecer a todos esos estúpidos que me persiguen…

Fue tan sencillo evadirse de la clínica… Tan fácil resultó buscar un refugio, acechar en la oscuridad, agazapada… o descansar durante el día, dormir mientras dura la luz y el sol brilla en la ciudad…

Luego, cuando llega la noche, cuando cae la oscuridad…, entonces es el momento. Entonces es cuando no pueden nada contra mí. Cuando yo soy la más fuerte. Cuando mis miembros se hacen fuertes, duros y elásticos como el acero… Cuando mis ojos brillan en la sombra y mis uñas se transforman en terribles garras asesinas.

Ellos se volverían locos de terror si pudieran verme.

No comprenderían cómo puede sucederme. Y no tienen por qué comprender. Ellos, en realidad, nunca han comprendido nada. Su maldita medicina, sus explicaciones sin sentido, su aire de suficiencia… Todo eso no les sirve ahora para nada. Absolutamente para nada. Soy la más fuerte. Ni siquiera pueden dar conmigo, localizarme, atacarme, perseguirme…

No saben que les acecho, que les observo… No saben que preveo sus movimientos, y que soy más rápida que ellos en huir, en evadirme de sus pesquisas.

Y ahora…

Ahora debo atacar de nuevo. Esta misma noche. Ahora mismo. En este momento…

Podría ser ella. Ella, maldita sea. La más odiada, la más aborrecible. Ella… Pero, no. Todavía no. Debo dejarla sufrir. Debo permitir que sienta miedo, incluso terror. Que me presienta cerca de ella. Muy cerca. Que empiece a pagar, lentamente, el mal que entonces me hizo. El mal que hizo a mi pobre «Kitty»…

Sí, Marsha, querida hermana… Espera tu momento. Espera, temblando de pánico. Mira a la oscuridad, en torno tuyo. Busca mis ojos. Mis ojos, Marsha… Serán fáciles de encontrar. Fáciles de identificar. Los únicos ojos que brillan en la oscuridad… Ojos de muerte para ti. Para todas las malditas mujeres que lleguen a verlos…

Pero todavía no es tu hora, hermana querida. Todavía no, dulce Marsha… Falta aún. Debes temblar, llorar sufrir, pretender huir de algo a lo que nadie escapa…

Y luego… morir.

Morir bajo mis zarpas. Morir destrozada por mis garras, amada hermanita… Entonces recordarás al pobre «Kitty», atravesado cruelmente por tu flecha. Estoy segura de que no fue un accidente. Le odiabas. Te era antipático, porque el pobre gato sólo me quería a mí… A mí y no a ti, con todo tu aire de niña buena, de criatura dócil y cariñosa… Me quitaste a propósito lo que más amaba. Como antes me habías quitado la amistad de los chicos más divertidos de la vecindad. Como luego me quitarías el afecto de aquel muchacho tan bien parecido, tan arrogante… Oh, sí, Marsha. Tú siempre salías ganando, ¿recuerdas? Siempre eras la vencedora. La que salía triunfante ante los hombres, a cualquier edad. Como esas otras mujerzuelas coquetas y provocativas… Como la enfermera Perkins, como esa joven esposa rica, de Paddington Grounds, que coqueteaba con todos sus amigos jóvenes, sin estar su esposo presente… Oh, mujerzuelas… Roban a las demás lo que poseen: un amigo, un enamorado, un rendido admirador acaso… Y hasta el cariño de un pequeño y maravilloso animal… ¡Cómo te odio, Marsha! ¡Cómo te he odiado siempre, maldita seas! ¡Cómo deseo ver que te retuerces bajo mis garras, lo mismo que se retorcía el pobre «Kitty», atravesado por tu odiosa flecha! Entonces lo juré, hermanita. Entonces juré que un día…, un día te mataría…

Pero antes deben morir otras. Más y más cerca de ti. Hasta que sientas el roce aterciopelado de mi piel de felino, en la noche. Hasta que mis patas suenen, acolchadas, en la oscuridad, no lejos de ti. Hasta que, de repente, gires un día la cabeza, llena de terror… y te encuentres con unos brillantes ojos amarillos que te miran en la sombra…

Entonces, Marsha querida…, ¡entonces morirás!

Pero ahora, entretanto, debo seguir adelante. Paso a paso. Acorralándote, envolviéndote en una malla de pánico que sea mil veces peor que la misma muerte…

Y sólo se me ocurre un medio. Sólo uno, que a ti te aterrorice y a mí me cause satisfacción, complacencia, gozo infinito…

Matar.

¡Matar, Marsha! ¡Destruir, aniquilar…! Sentir cómo corre la sangre por mis uñas largas y afiladas, notar el desgarrón de la carne bajo mis arañazos de muerte… Y ver a una de esas sucias rameras que fingen ser damas intachables, a una de esas prostitutas disfrazadas de persona honesta, retorciéndose indefensa bajo mi ataque, hasta que la muerte paraliza sus movimientos y convierte su cuerpo en una piltrafa sanguinolenta y miserable, sin ninguna belleza ni atractivo para nadie…

Marsha, estoy cerca de ti. Muy cerca. Cada vez más y más cerca… ¡hasta que llegue el momento de aniquilarte!

Y mientras tanto, ahora, esta misma noche, en cuanto caigan las sombras sobre la ciudad… otra víctima se unirá a las anteriores. Esta vez, más cerca de ti. Aún más cerca. Hasta que el frío mortal de mis garras roce tu bonita, tu hermosa garganta de bella criatura sin mácula…

Hasta entonces, Marsha…, adiós. Hasta entonces, mi cariño todo, hermanita. Amorosamente mortífera… tu hermana Kathy te vigila, te acecha…, se acerca a ti…

Hasta muy pronto, querida. Hasta muy pronto….

CAPÍTULO IV

HORROR

No tardaría en caer la tarde.

A esa hora, el jardín era un lugar apacible, fresco y aromático. El aire olía a césped, a flores y a tierra mojada. El cottage, al fondo, era como un remanso de paz, donde el sol poniente trazaba destellos anaranjados de luz al chocar en las vidrieras de las puertas-balcón y en la galería alta, encristalada.

El cabello rojo de Marsha Stevens era como una llamarada pasional y ardiente en medio de tanta calma y tanta paz. Pero el rostro de la joven, bajo esa melena caoba intenso, también mostraba una serenidad acorde con el lugar. En ella, sólo el cabello llameante y el destello vivaz e inteligente de sus limpios ojos verdes, ofrecía un calor vital y hasta apasionado. El rostro de su persona, aun ahora, con breves *shorts* sobre sus muslos broncíneos, y blusa desabotonada encima de sus pechos enhiestos y vibrantes, tenía un suave matiz de calma, de apacible armonía. La doctora Hazel Lee parecía pensar, a juzgar por su gesto, que aun teniendo un singular parecido con su hermana evadida de la clínica, era diametralmente opuesta. Tan opuesta como para justificar el odio irracional de la enferma hacia quien creía, sin duda, culpable de sus infortunios. Culpable del trauma que la había hecho pensar que era… una mujer capaz de convertirse de noche en un gato asesino.

Se había producido una pausa en la conversación iniciada recientemente entre ambas mujeres. Ahora, Marsha habló tras ese silencio, dejando vagar su mirada por los setos que rodeaban la zona de césped en que se hallaban ambas:

—De modo que tiene usted miedo, doctora…

—Sí. Miedo por muchas personas. Miedo por usted.

—¿Por mí?

—Muy en especial, señorita Stevens —asintió Hazel Lee. La estudió, pensativa—. Coincidimos un día en la clínica, cuando usted iba a visitar a su hermana. Apenas si cruzamos un breve saludo. Usted iba con sus gafas oscuras, con su cabello rojo, con su aire abstraído y amargo, el natural en quien visita un establecimiento como aquél, para ver a una paciente a quien ama. Creo que nos dijimos algo muy breve, y cada una fue a lo suyo.

—Es muy posible, sí —sacudió la cabeza Marsha—. Recuerdo pocas cosas de la clínica, salvo los minutos que pasaba con Kathy, en presencia de un enfermero… Era todo muy penoso, doctora.

—Lo sé. Hablaba de todo eso porque me gustaría preguntarle algo concreto: ¿de qué le hablaba Kathy entonces, en esas visitas que le hizo allí?

—No es fácil concretarlo. Fueron dos visitas solamente, que yo recuerde. Todo resultó trivial, forzado. Ella parecía resignada, pero había algo raro en su modo de mirarme, pese a lo dulce de su sonrisa. Yo, entonces, tuve el temor de que su odio hacia mí fuera la causa de su propia enfermedad. Me asustó en la segunda ocasión, más aún que cuando trató de desgarrar mi rostro y mis ojos a arañazos, aquí mismo, en casa… —Se tocó, con dedos temblorosos, las señales de uñas en las mejillas, no lejos de los párpados—. Había algo animal e inquietante en la Kathy que evolucionaba en aquel establecimiento. Llegué a pensar si no sería preferible sacarla de allí, llevarla a alguna otra parte… Yo estuve algún tiempo fuera del país, ¿comprende? Eso fue apenas me atacó Kathy y denuncié los hechos a los psiquiatras. Ella se había escapado, ocultándose en alguna parte de Londres. Fue encontrada cuando intentaba entrar de nuevo aquí, sin saber que yo me había ausentado ya, tras mi denuncia al doctor Daniels. La internaron, provisionalmente, porque tenían instrucciones mías al respecto. Y una notificación bancaria con mi pensión para ella, mientras estuviese enferma. Cuando volví, me apresuré a visitarla en la clínica, y creí que estaba mejor. La segunda vez, mis dudas crecieron. Y estaba pensando si cambiar de idea, informando a la policía de los hechos, para que la atendieran oficialmente, cuando ha sucedido todo eso…

—Comprendo —la doctora Lee afirmó con un leve movimiento de cabeza. El sol jugueteó en los cristales delgados de sus gafas, así como en el acerado metal de la montura—. Se ha dado perfecta cuenta de que Kathy le odia a usted de un modo enfermizo, monstruoso casi.

—Sí, me he dado perfecta cuenta, doctora Lee. ¿Qué puedo hacer yo para evitarlo?

—Nada. Hizo cuanto pudo en su favor. Usted es solamente una obsesión equívoca para ella. Uno de sus delirios pretendidamente lógicos, que deforman su mecanismo intelectual. El cariño de hermana que le profesa, es para ella una especie de humillación, de insulto, de motivo de aborrecimiento. Cree que mató a su gato intencionadamente, como sin duda cree que le quitó algún novio con toda premeditación.

—¿Novio? —rió suavemente la joven Marsha—. Cielos, el pobre Paul…

—¿Paul?

—Paul Elliott, un muchacho amigo suyo. No era su novio. No eran nada. De repente, dejó de ser asiduo de Kathy y se fijó en mí con otras intenciones mucho más definidas.

—Siga, por favor —la doctora Lee se mostró vivamente interesada—. ¿Qué sucedió entonces, señorita Stevens?

—Bueno, nada especial ni importante. Paul era un buen amigo para mí. Y nada más. No me gustaba. Le rechacé, aunque seguimos siendo amigos. Kathy no pudo pensar que él y yo…

—Pues lo pensó. Esté bien segura de que lo pensó. Otra vez el complejo de perder lo que más amaba —primero el gatito «Kitty», luego el falso pretendiente—, alteraron su cerebro, ya de por sí débil y propicio a la paranoia. ¿Qué ha sido de ese joven?

—¿De Paul Elliott? —rió suavemente Marsha—. Se casó. Hace meses que no lo veo.

—¿Conoce usted su actual residencia, quizá?

—No. Sé que vive en Londres con su esposa, pero eso es todo —miró, perpleja, a su visitante, mientras la luz de la tarde declinaba en una penumbra suavemente azulada y algo fría ya—. Doctora, ¿cree realmente que eso la conducirá a alguna parte?

—Sí —suspiró la doctora Lee, con expresión pensativa—. Creo que sí, señorita Stevens. Porque además de tratar de curar a una

enferma peligrosa, estamos intentando localizar su paradero, saber dónde puede estar, o dónde puede aparecer la próxima vez.

—¿La… próxima vez? —Se estremeció Marsha, cuando ya la puerta vidriera de la terraza ajardinada se abría, para dar paso a la doncella de la joven hermana de Kathy, con un carrito en el que aparecían dos servicios de té. Un reloj señaló dentro de la casa las cinco en punto de la tarde. Anochecía pronto en invierno.

—Sí. Cuando ella… intente matar de nuevo —afirmó serenamente la joven doctora en psiquiatría.

—Dios mío… —Marsha tragó saliva con dificultad. Apretó los labios y miró a la doncella joven y exuberante que avanzaba hacia ellas con el carrito. El vestido de negro raso, con cofia y delantal, realzaba unas caderas prominentes, un busto respetable y unas nalgas muy audaces. La dueña de la casa indicó a la doncella—: No, Belinda, por favor. Aquí, no. Hace frío o… o, cuando menos, yo lo tengo. Tomaremos dentro el té.

—Sí, señorita —asintió la doncella. Luego, con cierta indecisión, trató de exponer algo—: Señorita, quería recordarle que hoy, viernes, yo…

Marsha la interrumpió, sonriente, asintiendo.

—Ya sé, ya sé, Belinda. Ese joven te espera hoy, a las seis. Está bien. Puedes salir. No te necesitaré hasta las ocho y media.

—¡Oh, señorita, gracias, muchas gracias! —suspiró la doncella de las curvas generosas—. Es usted… es usted maravillosa, señorita Stevens…

Las precedió camino del interior, con el carrito de té. La doctora Lee, frunciendo levemente el ceño, miró de soslayo a Marsha Stevens.

—¿Es el único servicio de que dispone? —indagó de pronto.

—¿Belinda? Sí. No necesito más.

—¿Y no teme… quedarse sola durante la noche?

—No, ¿por qué habría de temerlo? —La miró a su vez, expectante.

—No sé… Hemos hablado ya de ciertos riesgos, señorita Stevens…

—¿Kathy? —Ella meneó la cabeza—. No creo que sea capaz de tanto… No vendrá por aquí. No por ahora, cuando menos. Está enferma mentalmente, pero la dolencia no altera su natural

inteligencia, doctora. Sabe que, si se aproxima a mi casa, podría ser capturada. Policías y médicos vigilar de un modo u otro mi vivienda. Kathy no cometerá ese error, estoy segura.

—¿Y… si lo cometiese? —Los ojos de la doctora se clavaron en ella, insistentes.

—Entonces, que sea lo que Dios quiera —se encogió ella de hombros—. Confieso que me preocupa Kathy. Sufro por ella. Pero pese a todo cuanto sucedió y está sucediendo… no la temo. No puedo temerla, doctora Lee. Es mi hermana, a fin de cuentas.

—Yo no estaría tan segura —musitó la psiquiatra.

—¿Qué quiere decir? —se sorprendió Marsha Stevens.

—Que no estaría tan segura de que ella no sea ya… otra clase de ser… Un enorme gato asesino, señorita Stevens, y no una mujer enferma…

Marsha pareció aceptar con sereno valor esa espeluznante posibilidad. Pero los ojos de Hazel Lee captaron en ella un sutil, instintivo escalofrío de terror.

* * *

—Sí —afirmó lentamente Ralph Ashton—. Ha sido todo realmente espantoso, doctor…

Raymond Flynn asintió en silencio. Estudió el gesto crispado en el rostro pálido y demacrado del joven aristócrata. Lord Ashton era la viva imagen de la desolación, del aturdimiento, del caos total. Era un hombre virtualmente deshecho. Y tenía motivos para ello. Todos los motivos del mundo.

—¿Acostumbraba a ir ella a ese recinto deportivo con cierta frecuencia, lord Ashton?

—Sí, cielos. Iba con frecuencia. A veces, la acompañaba yo. Esa tarde… esa tarde tuve asuntos importantes en la Cámara. Me entretuve allí. Cuando volví a casa… me enteré de lo sucedido.

—Comprendo lo que siente, lord Ashton. Como también comprendo que no le guste responder ahora a pregunta alguna. Desgraciadamente, no tengo otro remedio que hacérselas, y bien lo lamento. Pero si quiere cooperar a que el responsable de tal horror pague sus culpas, será preciso sobreponerse y tratar de darnos algún indicio. Bien a la policía, bien a nosotros.

—Sí, lo comprendo, doctor. No tengo nada que reprocharles a

ninguno. Sé que es su obligación. Y sé que una persona normal no haría lo que hizo ese monstruo con mi querida Jane, pero… no puedo perdonar, no puedo comprender cómo un ser humano es capaz de tales aberraciones, de tan tremenda capacidad de odiar y de destruir. Jane no le hizo daño alguno jamás. Ni yo, ni mi hermana Debbie…

—No le hicieron daño… ¿a quién, lord Ashton? —se sorprendió Flynn, enarcando sus cejas con gesto interrogativo.

—A ella, por supuesto. A… a Kathy Stevens.

—Kathy Stevens… Pero ¿ustedes conocían personalmente a Kathv Stevens?

—Sí. ¿Es que no lo sabía, doctor? Mi hermana Debbie fue compañera suya de instituto… Por entonces era una chica normal, aunque bastante rara de carácter, con gran propensión a los sentimientos de rencor, a los celos por otras chicas… Pero de eso a esto de ahora… media un abismo tan terrible, que de no decirme el inspector Lawton que no había dudas sobre la identidad del criminal, hubiera pensado que estaban todos ustedes en un error.

—Por desgracia, no parece factible ese error, lord Ashton. Lo que ignoraba yo es que hubiera relación personal entre ustedes y Kathy Stevens… Su… su hermana ¿siguió frecuentando la amistad o camaradería con ella?

—No, creo que no. Al salir del instituto, se vieron raras veces ya. Sólo en fiestas, en reuniones sociales y cosas así.

—Entiendo. ¿Y respecto a su propia esposa, *lady* Jane?

—Sé que se hablaron en ocasiones, al presentarla mi hermana Debbie como su cuñada, pero no hubo ninguna relación amplia. Ni siquiera una breve amistad. Virtualmente nada.

—Ya. ¿Y… con usted?

—¿Conmigo? —Lord Ashton se sobresaltó ante la pregunta seca y súbita del joven psiquiatra, que mantenía fija su mirada en él. Sacudió la cabeza el aristócrata, dominando su aturdimiento. Luego, trató de evocar algo que, difícilmente, su memoria pugnaba por reconstruir. Al fin, movió la cabeza de un lado a otro, más en gesto de duda que en sentido negativo—. No, no hay nada de nada, doctor. Apenas una breve relación a través de Debbie… cuando yo ni siquiera era el marido de Jane…

—Lo suponía —dijo inesperadamente Flynn, con un raro destello

en el fondo de sus aceradas pupilas, perspicaces y agudas—. Era soltero por entonces, ¿no, lord Ashton? ¿Le conoció ella en tiempos del instituto, cuando era amiga de Debbie Ashton?

—Eso es. ¿Cómo lo supo, doctor?

—Sólo fue una deducción —suspiró Flynn, pensativo—. Lord Ashton, no se mostraría ella en ese momento… demasiado interesada por usted, ¿verdad? Quiero decir, ¿notó en Kathy Stevens algo especial, fuera de lo común, cuando se dirigió a usted, en su modo de tratarle o de mirarle? Quiero decir, ¿pudo existir una atracción inmediata e instintiva de ella hacia usted?

—Bueno, no creo que hubiera nada de eso —jadeó lord Ashton —. Ella parecía llena de juventud, de vitalidad, de simpatía… Sí, era algo… algo absorbente. Miraba muy fija… Era de pelo oscuro, casi negro… Castaño oscuro, creo. Y ojos también oscuros. Muy bonita, muy seductora… Pero no era mi tipo. Me fijé poco en ella, la verdad.

—Tal vez ella sí se fijó en usted. Y eso explicaría todo, lord Ashton.

—Explicaría… ¿el qué, Dios mío? —Se horrorizó el aristócrata.

—Le podrá parecer monstruoso, pero… explicaría un crimen que no tiene sentido para usted ni para mucha gente: la muerte de *lady* Jane Ashton… si es que cosas así pueden tener algún sentido, fuera del puramente clínico, amigo mío… Ahora, me gustaría cambiar unas pocas palabras con su hermana Debbie…

* * *

La mano pequeña, rápida y bronceada, dejó de extender escarlata sobre el cuadro lleno de motivos feroces y terribles. El rostro, al volverse hacia él era, por contraste, lleno de ingenuidad y dulzura.

—De modo que ha pensado eso, doctor… ¿doctor Flynn, ha dicho llamarse?

—Sí, señorita Ashton. He pensado eso. Y se lo he mencionado a su hermano.

—¿Ralph? —Enarcó las cejas la muchacha, risueña—. ¿Y… qué dijo él?

—Se aterró de tal posibilidad. No puede admitirlo. Lo encuentra… inhumano, monstruoso.

—¿Y usted no, doctor?

—Yo estoy habituado a tratar temas monstruosos. Toda mente enferma crea monstruos, señorita Ashton. No puedo horrorizarme por ella, sino lamentarlo, sentir compasión…

—¿Compasión… por la víctima o por el asesino? —dudó ella, volviendo a tender una pincelada escarlata sobre un cuerpo abstracto, salpicado de cortes y de manchas rojas.

—Por ambos —dijo Flynn, inclinándose para ver mejor el lienzo. Frunció el ceño, mirando luego a la joven—. ¿Siempre pinta cosas así?

—Casi siempre. ¿Por qué se sorprende? Mi calidad como pintora no es muy buena, pero…

—No me refería a eso. Tuve la impresión de que era una especie de… de cuerpo humano destrozado a cuchilladas o algo así…

—Es un cuerpo humano. Destrozado a zarpazos, para ser exactos —rectificó ella con rara entonación, muy cerca de Flynn su propio rostro, muy abiertos sus azules ojos centelleantes y vivaces.

—Ya. ¿Nueva inspiración, tal vez? —La estudió Flynn, aprensivo.

—Algo así —ella se encogió de hombros—. Me gustan los temas tremendistas. Se venden bien, y dan popularidad a su autor. Los marchantes de Londres me compran los cuadros a buen precio.

—¿Le interesa tanto el dinero?

—Me interesa triunfar. Y, desde luego, ganar un dinero que no venga de los títulos familiares —rió ella de buena gana. Miró el cuadro—. Pobre Jane… Lo siento por ella, pero la inspiración del artista debe estar al margen de sentimentalismos.

—Entiendo. Al margen de su arte… ¿Le preocupa lo sucedido en Paddington Grounds?

—Lo lamento por Jane. Y por Ralph.

—¿Y… por Kathy?

—¿Kathy Stevens? —Frunció el ceño Debbie—. ¿Lo hizo realmente ella?

—¿Quién, si no? Psíquicamente, es una enferma peligrosa, una maníaca homicida. Su cerebro sólo le dicta monstruosidades, guiada por una serie de sentimientos enfermizos y deformes. Usted puede aclararnos algo respecto a su presente, hablando del pasado.

—¿Yo? ¿De qué pasado? —Miró en torno, al descuidado,

destartalado estudio de pintura de aquella zona bohemia de Chelsea, y se acercó a la gran vidriera del ático, para correr los cortinajes, al tiempo que daba la luz eléctrica—. Ha oscurecido ya casi totalmente. Estaremos mejor así, doctor. ¿Quiere tomar algo? ¿*Whisky*, *brandy*, cerveza…?

—No, nada, gracias.

—Allá usted. Yo tomaré cerveza —abrió un pequeño frigorífico, sacó una lata de ale, abriéndola de un tirón de la argolla metálica, que hizo un leve estampido y dejó escapar un raudal de espuma. Bebió de la lata, tendiéndose indolente en un sofá, sin importarle que sus pantalones de mezclilla se arrugasen, ni que su blusa se alzara, dejando desnudo su estómago y sus caderas—. Adelante, doctor. ¿Qué quiere saber de mi pasado?

—Del pasado de Kathy Stevens, para ser exactos —sonrió irónicamente él—. Usted la conoció bien. Especialmente, en el instituto. Sé que apenas si trató a *lady* Jane. Pero sí a su hermano Ralph. ¿Sintió algo por él? Algo especial, quiero decir; emotivo… Estas cosas se hablan entre las muchachas…

—En suma: quiere saber si Kathy se enamoró de mi hermano Paul, ¿no es cierto?

—Algo así, en efecto.

—Le diré algo, doctor Flynn. Ella se enamoraba de todos los chicos bien parecidos. Tenía una rara facilidad para sentirse fascinada por cualquier hombre agradable y guapo. Pero rara vez le salía bien un romance, para ser sinceros. Parecía sentir un complejo de inferioridad, que le impedía manifestar esos sentimientos… y los chicos elegían a otras muchachas con más desparpajo. Eso parecía causarle mucho daño. Luego, lloraba, se desesperaba… Y quedaba terriblemente desmoronada después. Parecía odiar a todo el mundo…

—Odio —asintió Flynn—. Sí, ése es el mal de cierta clase de locura. Se basa en un odio irrefrenable e insensato. Un odio injustificado pero terrible. Kathy Stevens ha pasado su vida odiando. Quizá, en el fondo, odiándose incluso a sí misma…

—Es lo que creo. Pero, sinceramente, nunca pensé que esas pasiones condujeran a esto: a un delirio de sangre, de muerte, de horrores… —Agitó una mano volublemente casi—. Y que conste, doctor, que no soy de las que se asustan por la sangre y por la

violencia.

—No, ya lo veo. —Flynn miró de reojo el cuadro estridente y multicolor que aparecía ante sí—. De cualquier modo, señorita Ashton, hay algo sobre lo que no ha llegado a darme una respuesta concreta: ¿cree que Kathy Stevens llegó a amar a su hermano Paul?

—No, no lo creo —sostuvo ella con firmeza, enarbolando su lata de cerveza—. Pero, no obstante…

—No obstante, ¿qué?

—Llegó a odiar ferozmente a otra muchacha del instituto, Ana Howard. Y todo porque logró salir con Paul unos días, como simple amiga. Nunca pasó a mayores la cosa, pero Kathy se sintió herida, ofendida… Insultó horriblemente a Ana. Llegó a decir de ella que era… que era una ramera, una fulana, pese a ser una chica normal y corriente, que no resultaba peor ni mejor que cualquiera de nosotras —la joven Debbie Ashton rió de buen grado—. Cualquier otra chica de nuestro mundo la hubiera retirado la palabra para siempre, sólo de oírla decir blasfemias y exabruptos.

—¿Usted no, Debbie?

—No. Yo no —soltó una carcajada que parecía reflejar su buen humor—. Soy diferente a las personas de mi ambiente. No me escandalizo fácilmente. Paul lo censuró siempre, pero vale la pena ser así. Las cosas no son siempre como nuestra rancia aristocracia imagina. Abundan las personas como Kathy Stevens… cuando menos en ese sentido, claro. No me refería, por supuesto, a lo demás.

—Ya lo imagino. —Flynn sacudió la cabeza—. ¿Duró mucho esa reacción?

—¿La de Kathy? No, apenas unos días… Luego, lo olvidó todo. O pareció olvidarlo. Incluso a Ralph. Ahora me pregunto…

—¿Qué se pregunta, Debbie? —El joven médico caminó hacia ella, parándose junto al sofá, y mirándola fijamente.

—Me pregunto… si le olvidó alguna vez. Y si olvidó a Ana Howard. Y todo aquello… Como luego debió ocurrirle con Jane…

—¿También con Jane?

—También con ella, sí. Pero entonces, ya estaba casado Ralph. Miró de un modo raro a ambos, y no comentó nada. Luego, trató algunas veces a Jane, pero muy superficialmente. No parecía alterada por ello. Hubiera sido ridículo, dado el caso de que ya no

nos tratábamos desde hacía unos años, y Kathy no veía a Paul en absoluto…

—El factor tiempo no es, desgraciadamente, motivo alguno de alteración en el curso de las reacciones de un enfermo mental —suspiró Flynn—. Es muy posible que ya en esos momentos odiara a Jane Ashton, casi sin saberlo, de un modo puramente subconsciente. Y luego, actuó como si ese sentimiento no existiera en ella, porque en realidad… no existía de un modo consciente, que ella conociera. Por entonces, el mal cerebral estaba muy poco avanzado. Pero la huella quedaba impresa en su mente enferma… y actuó después, de un modo mecánico e implacable.

—¿Es eso lo que piensa la policía también?

—Me temo que sí, señorita Ashton.

—Oh, doctor, deje esa forma de tratarme —súbitamente, ella tiró la lata vacía, y estiró sus brazos, sujetando los hombros del joven médico, a quien atrajo hacia sí de modo brusco e impensado—. Creo que somos ambos demasiado comunes en edad para andar llamándonos así constantemente. Doctor, ¿cuál es su nombre de pila?

—Raymond…

—Raymond… Ray… Me gusta ese nombre: Ray… Yo me llamo Debbie. Y también me gusta que me llamen así, ¿comprendes? Oh, Ray, por favor, olvida el énfasis de tu profesión y de todo lo terrible que sucede… Olvida todo eso, te lo ruego. Y piensa que somos sólo Debbie… y Ray. Sólo eso…

Flynn no pudo desasirse. Cuando quiso hacerlo, los brazos de la muchacha le envolvían como un dogal de seda. Y los labios eran un contacto carnoso, blando, húmedo y absorbente como una ventosa…

Evidentemente, Debbie Ashton era una muchacha tan liberal y tan anárquica como su arte. O la aristocracia británica no era ya como en los tiempos Victorianos… o ahora, cuando menos, no se andaba con tapujos a la hora de demostrar cómo era.

Eso es lo que pensó el joven doctor Flynn, mientras le envolvía aquel dogal sedoso y voluptuoso, embriagador como un éxtasis…

A sus espaldas, el cuadro era una mescolanza de rojos, naranjas y agrios colores ocres, bajo la luz cruda de la lámpara oscilante, colgada del techo, que acababa de rozar Flynn al ser atraído por el

abrazo sensual de Debbie.

Fuera, Londres estaba oscuro ya. Era noche cerrada. Caía la niebla sobre la ciudad.

Y en alguna parte, unos ojos de gato acechaban a alguien, con un brillo demoníaco en la fosforescencia amarilla de sus pupilas.

El brillo de la muerte…

CAPÍTULO V

MUERTE

Muerte.

Estaba cerca. Muy cerca. Casi al lado. Pero ella no podía saberlo. Ella no podía presentir esa lúgubre vecindad. Se sentía demasiado feliz y complacida para pensar en la proximidad de la muerte.

No obstante, ésta era una forma oscura e implacable, agazapada en la oscuridad, en la noche neblinosa y fría. En cualquier momento, invisibles muelles trágicos lanzarían a aquella forma del destino contra su presa indefensa. Pero ésta no había siquiera intuido tal posibilidad. Era imposible que la intuyera a tiempo de eludir su sino trágico y sangriento…

Había como un leve jadeo, un murmullo ronco y escalofriante, escapando de una garganta que parecía animal y que, tal vez, era humana. Luego, con un leve movimiento de cabeza, la forma reveló la presencia de unos ojos.

Unos ojos terribles. Alucinantes. Unos ojos que brillaban de modo fantasmal en la oscuridad, flotando como dos globos amarillentos de luz fosforescente, maligna. Unos ojos que ni siquiera parecían de este mundo…

Unos ojos que eran la propia Muerte al acecho…

* * *

—Paul, querido…

—¿Sí, Hailey, cariño?

—Paul, ¿por qué has de marcharte ahora? Precisamente esta noche…

—¿Esta noche? —Él sonrió, mirándola sorprendido, sin llegar a tomar su plano maletín de piel negra, apoyado contra el muro—. ¿Y qué tiene de especial esta noche, Hailey?

—Muchas cosas. Hay niebla, hace frío… y me siento muy sola. Además… mañana es sábado, fin de semana… Me hubiera gustado ir a las afueras de Londres en estos días, Paul. A disfrutar un poco de un clima menos cargado, menos agobiante que el de las calles…

—Podremos hacerlo mañana, querida. A media tarde. Nos iremos hasta el lunes, incluso. Puedo pedir ese día en la empresa, pero no hoy, no esta noche. Me espera un cliente importante en Brighton, mañana a primera hora. Debo estar para entonces allí, en el hotel Las Armas de Devon. No puedo faltar, créeme. Es inexcusable, y lo sabes. De otro modo, no te dejaría sola. Ni te aplazaría ese viaje de
week-end,
cariño. ¿Lo comprendes?

—Sí, lo comprendo, querido —suspiró ella—. A fin de cuentas, se trata de tu trabajo. Y hay obligaciones importantes que cumplir todavía: deudas, pagos, la casita de Luton, y todo eso…

—Me alegra que lo entiendas, Hailey, amor. No dejes de esperarme mañana, a primera hora de la tarde. Estaré de vuelta, sin falta. Ten preparadas las maletas para el viaje de fin de semana…

—Todo estará a punto, seguro —rió entre dientes Hailey Elliott alegremente, dominando su primitiva sensación de disgusto. Besó a su esposo—. Hasta mañana, Paul. Buen viaje… y que todo resulte como esperas.

—Gracias, querida. Seguro que con esos buenos deseos, el cliente firmará. Y habré ganado una comisión de casi cien libras redondas… —Agitó su mano, tras besar a su mujer. Se alejó hacia la verja, donde le esperaba el coche a punto—. Buenas noches. Y cierra la puerta con cuidado. Hoy día, en estas ciudades, nunca se sabe lo que puede sucederle a uno, y menos en las noches de niebla… Ya sabes, la tradición de los grandes crímenes londinenses, y todo eso… —terminó con una carcajada jovial, ya junto a su coche.

Hailey sonrió, devolviéndole el saludo. Un momento después, el coche se perdía en la distancia, a buena velocidad. Y la esposa de Paul Elliott cerraba la puerta de su vivienda, acordándose de pasar

el pestillo de seguridad, tras un momento de duda.

Luego, lentamente, con paso cansado, caminó hacia el *living* bien iluminado, donde brillaba la claridad anaranjada y confortable de las llamas, lamiendo los gruesos troncos en el hogar. Dentro de su casa, los anteriores temores le resultaban ya pueriles, y aquella súbita idea inquietante y medrosa que la asaltó al acompañar a su marido hasta Ja acera del barrio residencial, se diluyó finalmente en el propio clima amable y cómodo de su casa, donde parecía sentirse lejos de todo riesgo, apartada de todo posible peligro…

¿Peligro? ¿Por qué se le había ocurrido aquella idea absurda?

Hailey trató de reflexionar sobre ello, aunque le preocupaba la idea. Sus ojos resbalaron sobre la primera plana del Daily Mirror, que yacía descuidadamente, sobre la alfombra y junto al sillón de Paul, y sobre cuyos grandes titulares él hiciera caso omiso, burlándose de los sensacionalismos de los periodistas:

> «*¿Dónde está el asesino de los ojos de gato?*
> *»¡Cuidado! Usted puede ser su próxima víctima*».

Y debajo, un subtítulo tan inquietante como las letras gruesas de la cabecera:

> «*Una mujer loca, una paranoica peligrosa, anda suelta por Londres. Nadie sabe dónde está… ni lo que puede hacer hoy mismo*».

Sí, había sido eso. Se había sentido aterrorizada al leerlo. Lo discutió con Paul, pero él le restó importancia al asunto. Sin embargo, había mostrado una rara reacción al leer el artículo, y Hailey se preguntaba por qué pudo ser. Ahora, sus ojos se fijaban en el lugar del Mirror donde los ojos de Paul sé habían clavado antes. Era fácil identificar el punto exacto. El papel mostraba un desgarro leve, donde la uña de Paul habíase hincado con excesivo calor sobre el diario.

Hailey leyó el encabezamiento de un bloque de letra menuda impresa:

«Kathy Stevens es el nombre de la demente. Una hermosa y enigmática enferma mental…».

De nuevo aquel temor inexplicable y confuso anidó en su pecho. Se sintió preocupada, inquieta, medrosa. El nombre le resultaba totalmente desconocido, pero algo había obligado a su esposo a reaccionar así, cuando ella expuso sus temores y él leyó ese nombre…

Kathy Stevens. ¿Qué significaba el nombre de una loca para Paul, su marido? ¿Por qué había estado segura de que su rostro sufría una viva alteración repentina al leer aquellas líneas, provocando precisamente por esa misma razón un nuevo temor en ella, en su ánimo alarmado por los sucesos que eran mencionados por prensa, radio y televisión en las últimas horas?

Hailey Elliott sacudió la cabeza, suavemente rubia, con cierto desaliento. Pero a la vez con un escepticismo confortable. Era ridículo todo. Simple nerviosismo, un poco de depresión, algo tan corriente hoy en día en el mundo agitado de las grandes urbes…

Evidentemente, sólo era eso. No había más. No podía haber más. Londres tenía millones de habitantes. Imaginarse una misma como amenaza por un asesino suelto, a quien Scotland Yard y los médicos psiquiatras perseguían implacablemente en las últimas horas, era una auténtica tontería. Una pequeña locura más, en un torbellino de locos, en una vorágine demencial de sangre y de violencia.

Además, ella no estaba en una clínica de enfermos mentales, como la enfermera Sarah Perkins. Ni en los senderos de asfalto y césped de un recinto deportivo al aire libre, como *lady* Jane Ashton. Por tanto, ella no corría riesgo alguno. Allí, dentro de su casa, entre muros familiares y hogareños, sola o con su esposo, nada ni nadie podía constituir una amenaza a su vida. Era incluso ridículo.

Hailey caminó hacia el hogar, pensativa. Se cruzó de brazos sobre el pecho. Notó que su corazón palpitaba con fuerza, pese a todo. Pero también advirtió que sentía calor. Calor del fuego alegre, calor del hogar y de la esperanza recuperada. Al otro día, sábado, todo sería diferente. Ella y Paul se irían fuera de Londres, a pasar unas horas felices y tranquilas. Eso era todo.

Tomó el libro que Paul había estado leyendo aquella tarde, tras leer el diario con las noticias de los crímenes de la mujer demente.

Le había oído rebuscar en la biblioteca hasta escoger un volumen. También creyó oírle revolver los cajones de su mesa de trabajo, pero eso ya no era una seguridad, sino una vaga impresión. Leyó el titular de la lapa de piel: «David Copperfield». Sonrió. Así era Paul. Moderno y tradicional a la vez. Incluso en sus lecturas habituales.

Dejó el libro, con un suspiro. Casi lo conocía de memoria. Al depositarlo sobre la mesa inmediata, junto a la lámpara de pantalla de vidrio mate, con arabescos, las hojas se abrieron, dejando escapar una cartulina brillante, no muy grande. Cayó hasta la alfombra.

Y Hailey contempló la cartulina con una leve sorpresa. Era una fotografía.

Una vieja fotografía algo deslucida, levemente amarillenta. Se inclinó a recogerla. Reconoció en el acto a Paul. Estaba en medio. En medio de dos muchachas, a la puerta de un edificio de ladrillos rojos. Leyó abajo unas letras escritas a pluma, tal vez tiempo atrás:

> «*A Paul, como recuerdo de un día divertido. Con afecto: Marsha y Kathy*».

Las estudió, sorprendida. No recordaba esa fotografía. Ni a aquellas mujeres. Pero se parecían ambas bastante. Una era pelirroja. La otra, muy morena, de oscuros cabellos y fría expresión salvaje. Pero se parecían considerablemente las dos.

—Marsha… y Kathy… Kathy… KATHY… —Sus ojos volvieron al Mirror, mientras repetía entre dientes el nombre de la mujer. Al nombre marcado por la uña de Paul—. ¡Kathy…! Dios mío, no… No es posible que sea la… la misma mujer… Y que él… él la haya conocido… antes de ahora…

Su mirada, fija en la fotografía, revelaba cierto oculto horror instintivo. Como si algunos de sus absurdos temores, súbitamente, no fueran ya tan absurdos. Como si algo intangible la hubiera hecho intuir aquel extraño y lejano contacto entre su marido y aquélla diabólica mujer loca, perdida en Londres, perdida en la oscuridad…

Levantó de súbito la cabeza, roto el hilo de sus oscuros pensamientos. Su corazón había dado un vuelco repentino. Un vuelco inquietante. Pero se rehízo. No, no era posible…

Había creído oír algo en la cocina. Algo así como un cristal que se quebrase. Muy débilmente. Cristales… La puerta de la cocina, asomada al patio trasero, era precisamente de cristales. Pero era estúpido pensar cosas así…

No se captaba ya nada. Ningún ruido. Acaso fue en alguna casa vecina. Sí, eso debía de ser. Estaba dejándose llevar por sus pensamientos, por sus temores, por sus aprensiones sin sentido.

Hailey Elliott respiró con fuerza. No volvería a dejarse ganar por semejantes debilidades. Ella siempre había sido una mujer práctica, consciente, llena de serenidad y sentido común. Paul sabía eso muy bien, y había elogiado mil veces su buen juicio en todas las ocasiones.

Ésta no podía ser una excepción. No lo sería, por el simple hecho de que él estuviera ausente ahora, y ella sintiera terrores incongruentes y faltos de lógica…

Dejó la fotografía sobre la mesa, como si el simple hecho de tocarla le produjera una sensación de dolor o de inquietud. Se incorporó, vacilante. Era mejor retirarse, descansar y olvidar todo aquello. Al día siguiente, la noche aquélla, llena de torpes ideas y ridículas aprensiones, le parecería un disparate, un mal sueño, y nada más.

Dio unos pasos, tras apagar la luz de la mesita inmediata. Sus pisadas apenas si eran un roce acolchado y suave sobre la esponjosa alfombra rojo oscura. El resplandor del fuego hizo destacar el reflejo de algunos metales y espejos, así como dio reverberos rojizos a las piezas de cerámica alineadas decorativamente en las estanterías del *living*. De repente, se paró en seco.

Otra vez aquel leve ruido… Como un chasquido. Como vidrio roto o pisoteado. Una señal de vida, en una casa donde ella era el único ser viviente… Temblaron sus manos. Una vaga idea cruzó su mente: ¿un merodeador, un ladrón? Le sorprendió sentirse casi feliz con tal posibilidad. Como si fuese una bendición del cielo, una auténtica esperanza…

Miró a la cortina oscura, espesa, colgando pesadamente, con flecos de un dorado ocre en su caída. La cortina…

Más allá, la oscuridad. La sombra del pasillo hacia la escalera ascendente a la planta alta de la casa. Y al fondo de ese pasillo, pasada la escalera, la puerta del trastero. Y la cocina…

¡La cocina!

El temblor creció en las manos, en los labios, en las piernas de Hailey, la joven y atractiva esposa de Paul Elliott… Por primera vez lamentó no haber tenido hijos todavía, no tener en la casa a alguien con vida, capaz de acompañarla en aquella horrible noche de recelos e incertidumbres.

Finalmente cobró valor. Acaso fue el total silencio en que estaba sumida la casa. Llegó al umbral de la salita con el oscuro pasillo. Le bastaría dar unos pasos más, rodear la cortina, para alcanzar con su mano el interruptor de la pared, inundando de luz suave, anaranjada y hogareña, el corredor y la escalera. No era todo, pero sería algo. Sin saber la razón, las tinieblas le asustaban esta noche. Acaso era aquel comentario absurdo, publicado por los diarios: «Una mujer loca, que se cree un gato asesino, deambula en la noche, en la oscuridad…».

Aquellos periodistas eran unos chiflados, unos estúpidos insensatos. Esas cosas no podían existir. Nadie se convierte en gato. Ninguna mujer demente recorre una ciudad como Londres sin ser capturada, en busca de víctimas…

Faltaba apagar la suave luz del *living*, pero no se decidió a ello. Optó por rodear la cortina, hincando en ella sus dedos engaritados, apartándola lentamente, para localizar el interruptor y dar la luz de modo definitivo…

Eso es lo que hizo Hailey Elliott en ese momento. Para ello, tuvo que pisar el oscuro corredor, enfrentarse a las sombras del pasillo, sin soltar la cortina con su mano zurda.

Y entonces…

Entonces los vio. Los ojos. ¡Los ojos mortíferos del gato!

Exhaló un alarido agudo, terrible, inhumano. Las pupilas amarillentas, fosforescentes, bailoteaban en las sombras, fulgurantes, siniestras… Un jadeo siniestro se convirtió en áspero, ronco maullido…

Un cuerpo oscuro y elástico saltó hacia ella… Hailey gritó de nuevo, forcejeó, intentando correr, apartarse de allí, luchar… Intentando muchas cosas y no consiguiendo ninguna en particular…

El grito de ella se hizo desgarrador alarido de muerte, de agonía, de dolor sin fin. Su mano se aferró con tal furia a la cortina, que la arrancó de su soporte, derribándola estrepitosamente. Se salpicó

violentamente de sangre, cuando algo, unas zarpas feroces, atacaron a la infortunada esposa, desgarrando salvajemente su garganta, sus senos, su rostro todo…

* * *

—Dios mío… ¿Viste eso, querida?

—¿El qué, Brian?

—Esa cosa… o lo que fuese. Animal o persona… Cruzó el patio de los Elliott hacia el callejón…

—No, no vi nada —la esposa del hombre trató de asomar su rolliza figura a la ventana, apartándole a él, pero en vano—. ¿Qué dices que era?

—A poco de oír esos gritos, cariño —explicó él pacientemente, con la mirada fija en la noche, pálido y estremecido—. Salió de la casa vecina… No sé si era una persona agazapada o un animal medio erguido… Lo cierto es que miró hacia acá cuando encendí la luz y asomé a la ventana. Y… y…

—¿Y qué, Brian, por el amor de Dios? —se exasperó su mujer, cansadamente, volviendo hacia él su rostro adiposo, rodeado de pelo recogido por las pinzas—. ¿Qué es lo que viste?

—Unos ojos… Unos ojos horribles, fosforescentes… Como los de un gato. Pero un gato de gran tamaño. Como… como una pantera, cariño…

—Bah, tonterías. Debiste ver visiones, Brian. Ve a dormir, o llama a la policía, si crees que ha ocurrido algo en casa de los Elliott, pero no digas más estupideces… ¡Gatos como panteras! ¡Bah…!

* * *

—Sí, inspector. Un gato gigantesco… Como una pantera o un leopardo, diría yo.

—¿O… como una persona? —insinuó fatigosamente el inspector Michael Lawton, en su oficina de New Scotland Yard.

—Claro… Podía ser una persona, pero… pero a las personas no nos brillan así los ojos, inspector, estoy seguro.

—Yo también estaba seguro de muchas cosas, antes de enfrentarme con esto, señor mío —resopló el policía, malhumorado

—. ¿Seguro que no vio nada más que esos ojos?

—No podía verse gran cosa. Estaba muy oscuro y había niebla. La luz de mi alcoba es la que se reflejó en aquellas horribles pupilas que se clavaron en mí por un momento… Creo que nunca lo podré olvidar, diga Jennie lo que diga… Jennie es mi mujer, ¿comprende, inspector?

—Sí, comprendo muy bien —asintió con un suspiro el inspector Lawton—. Usted había oído anteriormente los gritos de la señora Elliott…

—Bueno, yo no podía saber entonces si se trataba de la señora Elliott… Sólo supe que sonaban unos alaridos realmente atroces en la casa de al lado. Temí algún asalto con violencia, dados los tiempos que corremos. Ya entiende: bandidos, terroristas o algo así. Lo que no pude nunca imaginar es que ella… —Y bajó la cabeza, estremecido, como si no fuese capaz de continuar.

—Está bien, no siga —el policía paseó por su despacho como un tigre enjaulado. Estaba pálido, ojeroso y ceñudo. Su gesto era la viva imagen de la exasperación y la impotencia—. Amigo mío, debo pedirle que me ayude, pero trataré de ser breve con usted. Su testimonio me es muy importante, porque se trata del único testigo con quien cuento. ¿Podría recordar algo especial en la persona o animal que huía? ¿Algo que le permitiera definir exactamente si era bestia o ser humano, macho o hembra, hombre o mujer…?

—No, Dios mío. No me sería posible afirmar nada. Era una simple sombra furtiva pero muy rápida, llena de agilidad… Salvó la tapia del patio con limpieza, pero…

—Pero ¿qué? —se interesó Lawton, al ver que su interrogado se detenía bruscamente.

—Bueno, ahora que lo menciona… creo que, pese a sus ojos, se valía de ambos brazos para escalar… y saltar luego al otro lado. Sí, puede que fuese un ser humano, pero vestía totalmente de negro, en ese caso. Su cuerpo era el de un felino, podría jurarlo. Un enorme gato negro, con ojos luminiscentes… pero con actitudes de ser humano. Es todo lo que podría decirle, inspector.

—Es suficiente. Gracias, señor Harper. Ha sido muy amable… Le llevaré ahora a su casa. Y puede decir a su esposa, de parte de Scotland Yard, que no vio usted ninguna alucinación, sino que presenció la fuga del asesino de la señora Elliott.

—El asesino… —Tembló Brian Harper, el vecino de los Elliott—. Pobre señora… ¿Es verdad que está… que está destrozada, casi irreconocible?

—Sí, es verdad —rezongó el inspector—. Es la tercera víctima… y esta vez se trata de alguien que está cerca, mucho más cerca de cierta persona, que la segunda mujer sacrificada por ese monstruo…

—Temo no entenderle, inspector.

—Ni lo entendería, a menos que le diera una explicación demasiado larga… Pero hay alguien que sí lo entenderá…

CAPÍTULO VI

CERCO

—Sí, claro que lo entiendo… Y lo entiendo muy bien —sacudió la cabeza, mirando con aire abatido a sus dos interlocutores—. Dios mío, ¿por qué no nos preocupamos antes de localizar a ese hombre, a su esposa…?

—No podíamos saber que Hailey Elliott sería la siguiente víctima, doctor —le calmó con aire tranquilo el inspector Lawton—. Ha sido una desgracia más, pero ¿cómo prever que fuese precisamente ella la nueva mujer que añadir a la lista sangrienta?

—Yo sí tuve que preverlo, antes que nadie —confesó la tercera persona de la reunión con tono amargo—. Creo que si hay algún culpable en todo esto, doctor Flynn, no es precisamente usted… sino yo.

—¿Por qué, doctora Lee? —dudó el hombre de Scotland Yard.

—Muy sencillo: porque yo supe a través de Marsha Stevens de la existencia del joven Paul Elliott, cuando la visité en su casa. Imaginé algo, traté de ahondar, pero Marsha ignoraba el actual paradero de ese hombre y de su esposa. Incluso desconocía el nombre de ella.

—Recuerdo bien que me habló de eso, doctora —convino Raymond Flynn, pensativo—. Tuve su misma idea, la verdad. Pero luego, deseché la pista. Creo que la culpa la tuvo Ashton. Y, sobre todo, su hermana Debbie…

—Deborah Ashton… —Irónica, fría y acusadora, la doctora Lee contempló a su colega a través de sus gafas—. Conozco algo sobre ella: artista, bohemia, rebelde, nada convencional, y… muy

atractiva. También de muy escasos prejuicios en el terreno afectivo. Comprendo que se desviara, doctor.

—Es usted cáustica, doctora Lee, pero no me molesta —rió entre dientes Flynn, burlonamente—. Le diré algo: estoy dispuesto a admitir que me dejé arrastrar por la corriente, pero de otro modo, tampoco hubiera llegado a tiempo. No sabía nada sobre Paul Elliott, y pensé que usted lo buscaría, puesto que eran informes obtenidos directamente por sí misma.

—He admitido mi responsabilidad en este hecho, doctor Flynn —fue la acre respuesta de ella—. Sea usted igualmente sincero y acepte también la suya.

—Oh, ya basta, señores —cortó irritado el inspector Lawton—. Lo cierto es que ambos pudieron hacer algo más por Hailey Elliott… y yo también. Es inútil reprocharse nada. Según eso, cada mujer, cada bonita muchacha que tuviera un contacto cualquiera con Kathy Stevens, podría ser asesinada de un momento a otro. Usted, doctor Flynn, pasó la noche en el estudio de Debbie Ashton, junto a ella, pensando que podía ser la elegida…

—Vaya, le felicito —habló con voz rebosante de sarcasmo la doctora Hazel Lee—. Doctor Flynn, debo confesar que sus encantos varoniles son debidamente apreciados por la aristocracia londinense…

—Doctora Lee, por favor —la reprochó de nuevo Lawton con disgusto—. ¿Quiere dejarse ya de indirectas y de sarcasmos? Estamos tratando una serie de asesinatos, no una historia sentimental más o menos erótica. El doctor Flynn obró prudentemente quedándose con la hermana de lord Ashton, por si acaso aparecía allí nuestra mujer-gato.

—¿Seguro que lo hizo por eso, inspector? —dudó ella, irónica.

—Doctora, usted nunca entenderá ciertas cosas —suspiró Flynn —. O quizá, en el fondo, se siente como Kathy Stevens, y también sus celos femeninos están saliendo a flote, contra su voluntad.

—¿Celos… por usted, doctor? —se escandalizó ella—. ¡Dios mío, sería el último hombre a quien prestara la más mínima atención en la vida, puedo jurárselo!

—Oh, por Dios, ustedes dos terminarán volviéndome loco a mí también —les cortó enfurecido Michael Lawton—. Les ruego que callen ambos. Una mujer joven y hermosa, Hailey Elliott, está ahora

en la Morgue, como lo estuvieron antes la enfermera Perkins y *lady* Jane Ashton. No sabemos quién será la próxima, pero seguro que habrá una más, no lo duden. Ahora, ya nada podemos hacer por devolver la vida a la tercera víctima de ese monstruo feroz. Sólo tratar de entender a su asesina. Y ahora sabemos ya algo más: los crímenes nunca son casuales ni las víctimas escogidas al azar. Hay método en ese cerebro cruel y perverso: un método monstruoso, pero método al fin. La lógica de lo ilógico en la mente humana, parodiando sus palabras profesionales, doctor Flynn. Nuestra paranoica se hace más y más peligrosa… a medida que se acerca a su hermana Marsha que, mucho me temo, será la víctima final de este aquelarre de muerte y de sangre.

—Estamos de acuerdo. Pero antes de llegar a ella… ¿cuántas más, inspector?

—No lo sé. Ha matado a Hailey Elliott, sencillamente porque se casó con el hombre al que ella había amado una vez, como amó a tantos otros. El trauma sigue actuando sobre el cerebro enfermo, y éste dicta la horrible sentencia: toda mujer que ella cree que le ha quitado algo que consideraba suyo, debe morir. Las demás, por competir con ella ante los hombres en quienes se fijó, ganándole la partida, a juicio suyo. Su hermana Marsha… porque es origen y fin de todo. Porque ella no sólo le quitó el primer enamorado, sino… a su gato. Al inolvidable «Kitty», cuya imagen deformó todo lo demás en esa mente anormal.

—Fíjese en la trayectoria, inspector —señaló el doctor Flynn vivamente—: Primero, una simple enfermera del establecimiento psiquiátrico. Luego… *lady* Jane Ashton, que se casó con Ralph Ashton, a quien ella imaginó algo suyo. Después, una muchacha casada con el joven Elliott, amigo común de ambas hermanas y, por tanto, más próximo aún a Marsha… Ahora, ¿quién más puede haber? Debbie Ashton no parece haberle quitado a nadie. Nunca tuvo problemas con ella, y apenas si tuvieron trato entre sí.

—Ella ha sido explícita con usted, ¿verdad, doctor? —sonrió maliciosamente la doctora Lee.

—Sí, mucho —replicó Raymond Flynn, agresivamente, volviéndose hacia ella—. Como imagino que lo será con usted cualquier persona del sexo opuesto, doctora Lee, a poco que se lo proponga… si es que resulta lo bastante femenina para olvidarse de

que es un médico, y recordar que también es mujer…

—¡Por favor! —rugió Lawton, mientras Hazel Lee enrojecía vivamente y, arrancándose las gafas, se disponía a replicar a su colega—. Les prohíbo que sigan discutiendo en mi presencia. Doctor Flynn, sepa que temo lo mismo que ustedes temen en el fondo: que Marsha esté ya muy cerca de ser la elegida por su hermana asesina. No parará hasta destruir a la que simboliza todo el mal de su vida. Pero si lo intenta, fracasará. He puesto un agente de policía cerca de ella. Y una mujer de nuestro cuerpo especial femenino, todavía más cerca.

—Oh, inspector, no me diga usted que Belinda, esa doncella metidita en carnes… —comenzó, asombrada, la doctora Lee.

—La misma, doctora —sonrió Lawton, complacido—. Ella es uno de mis agentes, y está representando su papel fielmente. Cuando sale de casa de Marsha Stevens, vigila muy de cerca, en vez de irse a pelar la pava con el policeman de turno o con cualquier otro, como todos imaginan. Así es, y así espero que lo crea Kathy Stevens si, como temo, vigila durante las noches la casa de su odiada hermana…

—¿Y la propia Marsha ignora ese punto? —se sorprendió Flynn.

—Hemos creído más oportuno que, por el momento, no sepa nada. Pero quizá haya llegado la ocasión de que también ella se entere, para colaborar en su propia autodefensa de todo peligro llegado del exterior.

—No es una mala idea —admitió la doctora Lee—. Yo, inspector, por mi parte, he llegado también a una conclusión importante.

—¿Cuál, doctora?

—Quizás una mujer no sea suficiente, llegado el caso, si Kathy Stevens llega a penetrar en el que fue su hogar junto a Marsha. Ignoraba que esa Belinda fuese policía, aunque sí noté que era una mujer singularmente fuerte. Pero de cualquier modo, en mi última charla convencí a esa joven Marsha Stevens de algo que puede dar muy buen resultado.

—¿Qué es ello?

—Quedarme yo a vivir por unos días en su casa, acompañándola…

—¿Usted, doctora? —se sorprendió Flynn, mirándola intrigado.

—Sí, doctor —ella se volvió con una réplica incisiva en sus labios—. Verá que yo no busco, como usted, la compañía de personas de otro sexo. No me gusta mezclar el trabajo con las debilidades humanas. Seré compañera de una mujer, bajo su propio techo, durante unos días, esperando alerta por si sucede algo. Ahora que sé que Belinda, la doncella, es de Scotland Yard, me sentiré aún más segura por Marsha Stevens. Es de ella de quien debemos cuidar, doctor Flynn, si todas nuestras hipótesis profesionales sobre Kathy son exactas, como por desgracia se va demostrando paso a paso…

—Muy bien —asintió Flynn—. Sólo elogios merece su valor, doctora. Yo, por mi parte, seguiré buscando a Kathy Stevens fuera del cottage de su hermana… por si puedo evitar que llegue a hacer acto de presencia allí, con todo el riesgo que ello implicaría, no sólo para Marsha, sino para la doncella-policía… y para usted misma, doctora Lee.

—Buscar a Kathy… —resopló el inspector Lawton, malhumorado—. A veces me pregunto si, realmente, no estaremos buscando a un auténtico gato, a un felino escondido en algún oscuro rincón de esta ciudad… Pese al cerco policial establecido en todo Londres, no se ve ni el menor rastro de ese monstruo. Las fotografías, las descripciones de Kathy Stevens están en poder de cada agente de Scotland Yard, pero parece perfectamente inútil. Hasta ahora, sólo hemos vigilado y seguido a algunas mujeres parecidas a ella… que en todos los casos resultaron ser personas que nada tenían que ver con la evadida de la clínica del doctor Daniels.

—Un animal se escondería mejor que un ser humano, ciertamente, en una ciudad como ésta, inspector —admitió Flynn, ceñudo. Luego, sacudió la cabeza en sentido negativo—. Pero mucho me temo que nuestro adversario siga siendo una mujer. Una mujer diabólicamente astuta, llena de recursos, de desesperada agudeza e inteligencia, capaz de burlar una y otra vez el cerco policial tendido para ella. Su gran ventaja es que ella sí sabe cómo eludir al enemigo, cómo alejarse de él… sin que nosotros tengamos la menor idea de cómo acercamos a ella en algún momento.

—Estoy segura de que terminará llegando a la vivienda de su hermana —afirmó la doctora Hazel Lee rotundamente—. Y si lo hace así, su cerco puede resultar, inspector.

—Tal vez —admitió Flynn—. Pero antes de que eso suceda…

¿cuántas mujeres más van a ser inmoladas por sus garras de muerte? ¿Quiénes… y dónde?

Eran preguntas que no tenían respuesta. Por eso nadie contestó a sus interrogantes.

* * *

Marsha Stevens retiró sus ojos horrorizados. Se apoyó, estremecida, convulsa, con su faz horriblemente pálida y sus manos temblorosas, en el doctor Flynn, situado junto a ella.

—Oh, Dios mío… —sollozó—. Venía preparada para todo, pero… pero esto es superior a cuanto imaginé…

Salió del cuarto del depósito de cadáveres, donde le habían mostrado el cadáver de Hailey Elliott. A la puerta, Paul lloraba en silencio, demudado. Ambos se miraron, recordando acaso viejos tiempos, cuando eran amigos y no pensaban en que cosas así pudieran sucederles a ellos.

—Paul, amigo mío… —jadeó Marsha—. No sé qué decirte. Me siento culpable…

—¿Tú? —La miró Paul Elliott amargamente, sacudiendo la cabeza—. No, Marsha, querida. Tú no tienes culpa de nada. Fue ella… Dicen que fue ella… Y tú también peligras ahora…

—Lo sé —el semblante de Marsha era una mancha blanca, demudada. Los ojos verdes estaban dilatados, con lágrimas cuajadas en ellos—. Paul, es como una pesadilla. No llegué a conocer a Hailey como… como esposa tuya. Pero la he identificado ahora, en ese horrible lugar… También ella… era de nuestro instituto…

—Sí, Marsha. Era Hailey Porter de soltera… Una buena chica, Marsha…

—Muy buena chica, sí… Kathy… ¿Kathy supo alguna vez… que erais marido y mujer?

—No lo sé. Creo que sí… Pero Kathy no iba ya al instituto cuando acudió a él Hailey… Recuerdo vagamente que nos vio un día, cerca de casa… estando recién casados.

—Cerca de casa… —El horror asomó a los ojos de Marsha—. Ahora comprendo… Ella… ella ha recordado…

—Sí, ha recordado —jadeó el infortunado marido—. Ha recordado, maldita sea… ¿Viste… viste lo que hizo con ella?

—Por Dios, Paul…

—¿Viste lo que hizo con su cuerpo, con su bonito rostro? Es… es bestial, inhumano. Peor que un tigre, Marsha. Esas garras… capaces de destruir así… ¿de dónde pudo sacarlas?

Marsha, tambaleante, demudada, blanca como el papel, no supo qué responder. Evidentemente, también a ella le hubiera gustado dar una respuesta, pero no le era posible. Como sonámbula, siguió adelante. Atrás, quedaba Paul Elliott, sollozando como un niño. Marsha, apoyada en el doctor Flynn, iba repitiendo para sí, como una trágica cantinela:

—¿De dónde? ¿De dónde pudo sacar esas garras…? ¿Es… es acaso un animal, realmente?

* * *

—Sí, dígame… ¿Es, acaso, un animal? ¿Lo es, doctor Daniels?

El director de la clínica New Horizon contempló perplejo a su visitante, sin dejar de fumar apaciblemente en su pipa de buena madera tallada. Sacudió luego su cabeza, como si todo aquello resultara realmente escandaloso para él.

—Cielos, qué absurda pregunta, doctor Flynn —se quejó—. ¿Usted, un médico como yo, un psiquiatra perfectamente equilibrado y consciente, es capaz de hacerme semejante interrogante?

—Lo hago, doctor. Lo repito una y mil veces. ¿Cómo una mujer, con sus uñas, puede hacer ese destrozo? ¿Cómo sus ojos pueden ser visibles en la oscuridad, brillando fosforescentes como los de un gato? ¿Cómo su cuerpo se ve negro, elástico, como el de una pantera, aunque se mueva como se mueven los humanos, si hemos de creer al vecino de los Elliott, testigo de su evasión tras el último asesinato?

—Hay respuesta para todo, doctor Flynn. Serénese y la tendrá.

—¿Usted la tiene, doctor Daniels?

—Creo tenerla. No admito una mutación. Que lo crea Kathy Stevens, pase. Está enferma de la mente, y cree cosas que no son. Estoy estudiando a fondo su caso, los resultados de todas las pruebas, análisis y electroencefalogramas y radiografías cerebrales que poseo. Aún no he llegado a una conclusión definitiva, pero creo que su capacidad intelectual es muy considerable, y sería capaz de crearse toda una colosal escenografía que justificara ante todo el

mundo su propia obsesión. Es decir, se engañaría a sí misma, sin tener conciencia de que lo hace. Eso lo explica todo o casi todo, ¿no, doctor?

—¿Quiere decir que su… su arma homicida, esas uñas engarfiadas son… son parte de la escenografía?

—Exacto, doctor. Veo que ha cogido mi idea con precisión.

—¿Y… los ojos, el cuerpo negro…?

—Todo exactamente igual: una ficción para interpretar su gran papel. La rara cordura momentánea de los locos más absolutos, la hace buscar los medios de asemejarse a un animal feroz… Unas garras, posiblemente metálicas… Unos ojos fosforescentes, sin duda simples lentillas… Y una malla negra, ceñida a su cuerpo, evocando a un felino… Simple, ¿no cree, doctor?

Raymond Flynn asintió lentamente, fija su mirada en el médico psiquiatra que dirigía la clínica donde se había iniciado la gran tragedia de aquella senda sangrienta a través de Londres.

—Sí, doctor Daniels —admitió—. No se me ocurrió la más simple explicación, pensando que Kathy no llevaría su locura hasta un punto tan cuerdo como el de fingir cosas que creía ser ella por sí misma…

—Es el raro juego de la mentira y la verdad… desarrollado por una mente enferma, delirante ya. En alguna parte, quizá en un bazar o en un lugar destinado a utilería teatral, se procuró esos medios. Realmente, sus uñas no mataron a la enfermera Perkins, porque aquí dentro no poseía esas garras artificiales que aplica a sus manos. Ahora es diferente, Flynn. Juega con un disfraz, y se cree por completo su juego. Cuando actúa, no hay diferencia entre la mente de un animal salvaje y la suya propia.

—Pero no puede andar por ahí vestida de esa forma. Ha de cambiarse en alguna parte, ir por las calles vestida como una mujer normal, aunque actúe solamente de noche…

—Sí, amigo mío. Y si no fuera porque no es una esquizofrénica, yo diría que, forzosamente, ha de estar de día en alguna parte, bajo alguna otra personalidad falsa. Pero, desde luego, no creo que la capacidad de fingimiento de una paranoica llegase a engañar a las personas que la rodeasen. Y menos, teniendo en cuenta que su rostro no puede haberse alterado tanto como para no identificarla alguien de cuantos lo viesen.

—De modo que, según eso, tiene algún escondrijo… del que sale de noche, quizá con un abrigo o sobretodo, bajo el cual lleva su malla negra, sus garras asesinas… y acaso las lentillas fosforescentes veladas por unas gafas oscuras, pongamos por caso.

—Sí, eso es —admitió el doctor Daniels—. Las gafas son una buena idea, como lo es el sobretodo, gabardina o abrigo… De ese modo, nuestra dama pasaría desapercibida por Londres, a menos que los agentes de Scotland Yard la diesen el alto, cosa improbable si ella no despierta sospechas en los agentes de policía.

—Informaré de ello al inspector Lawton. Puede ser una posibilidad.

—No confíe demasiado en ello, Flynn. Vale más que se guíe por su lógica de médico experto en problemas de la mente. Quizá eso le acerque más a Kathy Stevens que ningún otro método policial…

—Sí, tal vez tenga usted razón, doctor Daniels —admitió Flynn, incorporándose y saliendo del despacho del director de la clínica psiquiátrica, convencido de que éste le había ofrecido, cuando menos, un método, un sistema de trabajo a seguir en las horas siguientes.

Un trabajo en el que podía ser importante imaginarse él mismo como un enfermo mental, en el puesto de Kathy Stevens. Tal vez eso le condujera más cerca de la demente. Mucho más cerca. Lo suficiente para llegar a verla, cuando menos…

—Si eso ocurre, no se me escaparía —se dijo a sí mismo, pensativo, sin saber lo equivocado que estaba en ese sentido, y lo pronto que su equivocación iba a confirmarse.

CAPÍTULO VII

DESDE DETRÁS DE LOS OJOS DE UN LOCO. —III

«Ya estoy cerca. Muy cerca de ella.

Tanto, que podría tocarla, si lo quisiera. Todo ha salido bien. Muy bien. No sospecha nada, y yo estoy aquí. Aquí, a su lado. Vigilándola. A punto de saltar definitivamente sobre ella y destruirla.

Sí, Marsha, hermanita querida. Ya llegué. No me presientes siquiera, ¿verdad? No, ¿cómo ibas a sospecharlo siquiera? No tienes escapatoria. No hay salida. Y ni lo imaginas un solo instante. Te crees segura, rodeada de personas amigas, dispuestas a defenderte cuando yo llegue…

Bien. Ya he llegado. Y nadie lo sabe. Nadie se ha dado cuenta.

Ya estoy ahí, cerca de ti. Muy cerca. Tanto, que puedo alcanzarte ya en cualquier momento… En cualquiera. A mi placer. A merced mía estás, sin saberlo. Te crees segura, muy seguía. Imaginas que no puedo alcanzarte. Que soy una remota amenaza que esos necios alejarán de ti fácilmente…

¡Qué gran error cometes! Qué locura más grande confiar en los demás, no pensar que yo estoy a tu lado, agazapada en la oscuridad, esperando…

Sí, Marsha, querida… Esperando. Esperando a dar el golpe. El salto. El zarpazo definitivo, en cualquier momento…

Sabrás lo que significa sufrir. Sabrás lo que supone sentirse indefensa, en manos de alguien que te odia, que te detesta como jamás se pudo odiar o detestar a alguien…

Marsha, aguarda un poco. Sólo un poco… y el infierno llegará a

ti. Tú lo verás. Lo verás pronto. Pronto. Pronto…».

* * *

«Ya estoy aquí.

Ya he entrado. Esta noche. Sí, ha de ser esta noche. El zarpazo definitivo. El más próximo…

No, quizás no sea aún el que esperas, el que temes, el que te horroriza…

No, aún no. Falta poco… pero esta noche sentirás cerca de ti el escalofrío del pánico. El miedo se enroscará a tu garganta como algo vivo y palpitante, como algo helado que te angustie y te llene de horror…

Ahora recorro el jardín. Mis pisadas no producen ruido. Sólo leves susurros…

Claro. Las pisadas de los gatos jamás producen ruidos. Los felinos somos tan silenciosos, tan suaves… tan callados. Cielos, ya lo creo que lo somos, querida Marsha… Me aproximo a ti. Lenta, inexorablemente…

Está oscuro. Muy oscuro. Pero mis ojos ven en esta oscuridad. Las tinieblas son mi reino. Mis pupilas de gato penetran en la sombra, llegan lejos, muy lejos…

Ah, querida…

El ronroneo que siento dentro de mi ser me prueba mi felicidad, mi júbilo. Mis garras se afilan. Y avanzo, avanzo, avanzo…

Avanzo hacia mi víctima.

Ahí está. No sospecha nada. Tan confiada, tan tranquila.

Entra ahora en el jardín ella. Pisa firme el césped. Acaba de dejar a ese estúpido polizonte de azul en la calle. Viene contoneando su figura sinuosa, de curvas que cree irresistible. ¡Maldito imbécil!

Supone que pudo engañarme. No, nadie puede engañar la felina inteligencia de un gato. Sobre todo, de este gato en que me transformo cuando llegan mis noches de placer…

Está ahí. Es Belinda. Parece que su charla con el policía ha sido muy instructiva e interesante. Se está abotonando su blusa. Alisa su falda. Es fuerte la moza. Muy fuerte. Todas estas mujeres-policías lo son. Tiene unos pechos grandes y macizos, unas caderas recias, unos fuertes muslos. Es musculosa. Es difícil y peligrosa.

No importa. También yo lo soy. También yo…

Ya se ha parado ante la vidriera de la terraza. Va a entrar en la casa…

No. Eso no. En la casa, no. Es mejor fuera. En el exterior. Donde puedo atacar… y escapar luego rápidamente. Donde me es posible huir… tras hincar mis garras en mi víctima.

Ya está. Lo he decidido.

Mis ojos se fijan en su cuerpo. En sus pantorrillas. Suben por ellas. Rebasan sus nalgas rotundas, su espalda… llegan a su nuca.

Su nuca…

Ah, mis garras se crispan, mis uñas emergen…

Y salto sobre ella…».

CAPÍTULO VIII

OTRA MUERTE

El alarido horrible rasgó la noche.

Belinda giró sobre sí misma. Era tarde ya. Muy tarde.

Captó entre las sombras de la noche las fosforescentes pupilas clavadas en ella, la sombra elástica que caía sobre su persona, el tremendo impacto helado y acerado, incisivo y cruel, de algo que se hincaba en su nuca, en su garganta, en sus pechos potentes.

Trató de luchar. Forcejeó con toda la rabia de que era capaz una mujer fuerte como ella. Belinda, la falsa doncella, era fuerte y resuelta. Pero aquellas garras, como infernales uñas de pesadilla, saltaban una y otra vez hacia su rostro, cuello y senos, desgarrándolo todo, envolviéndola rápidamente en un horrible manto escarlata, de sangre chorreante, que empapaba sus formas, sus carnes, sus ropas…

Cayó en el césped, con el monstruoso ser oscuro sobre ella, con aquella mirada alucinante, de animal gigantesco, fija en ella, a corta distancia. Un jadeo, un susurro terrible, cercano, enviaba hacia su rostro un aliento cálido, ardiente, entrecortado…

Y, de repente, antes de recibir el último zarpazo brutal, el que desgarró sus ojos, su nariz, su rostro todo, en un ataque de muerte que la hizo lanzar su último y profundo chillido de agonía, Belinda vio la verdad.

Supo lo que tenía ante sí. Conoció la respuesta al misterio.

Y murió.

* * *

Los silbatos del policeman recorrieron la calle, con ecos metálicos, estridentes y agudos.

Gentes presurosas acudieron con premura. Unos eran agentes de paisano de New Scotland Yard. Otros, policías de uniforme como el buen amigo de Belinda, que ahora, tras los espantosos gritos oídos en el jardín de la residencia de Marsha Stevens, estaba pidiendo auxilio con toda urgencia.

Luego, se precipitó hacia la valla, salvándola ágilmente, lámpara en ristre, y lanzándose al jardín, donde buscó rastros de lo sucedido, haciendo resbalar el haz de luz sobre los setos y los rectángulos de bien cuidado césped, en demanda de algo que le orientase en aquella confusión súbita.

No tardó en encontrarlo.

El chorro de luz se clavó en la terrorífica escena. Y el policía se quedó clavado a tierra también, como si echara raíces, mientras bajo el casco de bobby, sus cabellos se erizaban…

* * *

—Espantoso, inspector Lawton…

—No me dice nada nuevo, doctor Flynn —manifestó acremente el policía—. Es lo más terrible que he visto en mucho tiempo. También aquí se ensañó brutalmente con su víctima. Por pronto que el agente reaccionó, no pudo evitar que sucediera.

—Pobre muchacha, Belinda… —murmuró la doctora Lee, amargamente—. Confiábamos en ella para proteger la vida de Marsha Stevens. Y ahora está muerta, despedazada por las zarpas de ese monstruo…

—Tal vez eso evitó que fuese Marsha la víctima de esta ocasión —sentenció roncamente el inspector—. Recuerden que, hasta hoy, nunca llegó tan cerca de su aborrecida hermana. Recuerden que es la primera vez que pisa la finca de Marsha… Si en vez de ser Belinda, hubiera salido al jardín su hermana Marsha… no quiero ni pensarlo.

—De todos modos, el riesgo continúa —manifestó el doctor Flynn, ceñudo, sumido en sus hondas preocupaciones—. Y cada vez es mayor y más latente, no hay duda de ello. No sólo para Marsha Stevens, sino para cualquier mujer que se atreva a cruzar Londres por la noche. Sobre todo, cerca de la zona donde vive Marsha

Stevens, por supuesto.

—¿Se ha descubierto algo concreto en esta ocasión? —quiso saber la doctora con tono escéptico.

—No mucho —refunfuñó Lawton—. Ha ocurrido como en anteriores ocasiones. El monstruo parece evaporarse sin dejar rastro. Evidentemente, una vez despojada de su disfraz, nadie fija su atención en ella. Y eso es lo que provoca su fácil evasión del escenario de cada asesinato.

—¿Dejó huellas de su paso por el jardín?

—Por supuesto: huellas de garras ensangrentadas. Pero terminan ante una pequeña piscina lateral. No aparecen más, pese a que la piscina no muestra señales de sangre en sus aguas. Es enloquecedor, amigos míos.

—¿Y Marsha? ¿Cómo ha reaccionado? —se interesó la doctora, volviéndose al doctor Flynn.

—Puede imaginarlo fácilmente —suspiró el joven psiquiatra—. Han tenido que acostarla, bajo la acción de calmantes nerviosos. Está destrozada moral y físicamente. Se da cuenta de la terrible amenaza que pesa sobre ella. La he visto, y resulta tremendo apreciar su rostro, pálido como el de una muerta, con la expresión del más profundo terror en sus ojos. Creo que nunca como ahora se ha dado cuenta de la proximidad del peligro.

—Es una historia demoníaca —resopló Lawton—. Una hermana, aborreciendo a otra de ese modo…

—Recuerde que estamos tratando con una paranoica, inspector —habló la doctora Lee gravemente—. Y el mal va en progresión creciente. Desborda ya todo lo imaginable. Estoy segura de que la mente de esa enferma, en estos momentos, es más la de un animal salvaje que la suya propia.

Hubo un profundo silencio en la estancia. Luego, el inspector Lawton se puso cansadamente en pie y miró a sus interlocutores.

—Hay que hacer algo —dijo—. Y pronto. Muy pronto. He tomado una decisión tajante, señores.

—¿Y es…? —se interesó el doctor Flynn.

—Sacar a Marsha Stevens de esa casa. Llevarla a un lugar seguro, que sólo unos pocos conoceremos: exactamente tres personas o cuatro. Como máximo, ustedes dos, el doctor Daniels… y yo. Junto con los policías armados que sitúa junto a ella para

defenderla.

—¿Ha pensado en algún sitio seguro, inspector, al que realmente no pueda tener acceso nuestro diabólico gato? —indagó el psiquiatra, gravemente.

—Sí —afirmó rotundamente Lawton—. Lo he pensado. Está decidido ya.

—¿Podemos saber cuál es ese lugar? —Se preocupó la doctora Lee, enarcando las cejas, con aire expectante.

—Lo sabrán a su debido tiempo, palabra. Pero no antes. Ni ustedes, ni nadie.

* * *

—Inspector, no me gustaría huir así…

—No es una huida, señorita Stevens —cortó gravemente Lawton —. Es una medida de simple precaución elemental. Debemos hacerlo, y lo antes posible, créame.

—Pero es que me… me siento muy débil, inspector… —gimió la paciente, agitándose débilmente en el lecho—. Muy cansada… Aquí creo estar a salvo, con sus agentes rodeando la casa…

—También la rodeaban anoche. Y ya ha visto lo sucedido.

—Dios mío… —Tembló, cerrando sus ojos con angustia—. Dios mío, no me hable de eso… Es horrible sólo recordarlo… Apenas si vi a esa pobre chica, pero…

Se detuvo. Temblaba violentamente. Un sudor helado cubría su rostro. La enfermera y el médico encargados de su custodia por orden directa del doctor Flynn, se apresuraron a atenderla.

—Será mejor que no la moleste demasiado, inspector —aconsejó el médico—. Está muy agotada, muy impresionada…

—Lo sé, doctor. No va a ser mucha molestia. Sólo trato de persuadirla para que deje esta casa. Aquí no hay suficientes medidas de seguridad para ella.

—Pero, inspector, ahora no se… no se atreverá ella a… a…

—Se atreverá —afirmó Lawton, enfático—. Recuerde: es una enferma. Está rematadamente loca ya. Furiosamente loca. Su mente se deforma por momentos, según opinan los psiquiatras. No podemos correr riesgos. Elegí un lugar especial. El doctor Flynn y la doctora Lee se alternarán en su cuidado. Es todo.

—Pero si no puedo moverme apenas…

—No se preocupe. Una ambulancia de la policía la sacará de aquí dentro de una hora. Hoy mismo se hallará a salvo, lejos de Londres y de este distrito… Lejos, por tanto, de todo temor y amenaza. Si hay algún sitio al que su… su hermana no puede ir, ese lugar es el que le he escogido yo. Se lo garantizo.

Marsha cerró los ojos, con un profundo suspiro. Asintió al fin, muy despacio.

—Está bien —convino—. Como usted diga, inspector. Haré lo que sea… y gracias.

—Gracias a usted, señorita Stevens —oprimió con simpatía una mano de la paciente—. Vamos ya. Estaré de vuelta en un momento… con todo a punto. ¿Desea llevarse algo consigo?

—Sí, lo más preciso. Unas pocas pertenencias en una bolsa. Yo misma lo arreglaré, no se preocupe, inspector…

* * *

La ambulancia hacía sonar su sirena, atravesando Londres sin apenas detenerse en lugar alguno del céntrico dédalo de calles y avenidas que iba salvando, camino de alguna parte estrictamente secreta.

Dentro del vehículo, dormía tranquilamente Marsha Stevens, en la camilla. Junto a ella, una bolsa de viaje de cremallera, con un emblema deportivo, transportaba sus útiles personales. A ambos lados de la viajera, el doctor Flynn y la doctora Lee cambiaban entre sí miradas serias y poco amistosas, como colegas en pugna por llegar antes a una conclusión profesional sobre la mente de Kathy Stevens… y sobre el modo de capturar finalmente a la enferma asesina.

—¿Cree que resultará? —dudó la doctora Lee.

—Debe resultar —se encogió de hombros Flynn—. El inspector Lawton tiene fe en ello. Él nos guía. Va junto al conductor de esta ambulancia, y le señala el camino. No se puede decir que no sea un secreto bien guardado, amiga mía…

—Aun así, no me fío. Tengo miedo, si he de serle sincera, doctor.

—Yo también —confesó francamente Flynn. Miró el rostro sereno, apacible, de Marsha dormida profundamente. Sacudió la cabeza—. Cielos, es todo como una horrenda pesadilla sin fin. Esa

mujer nos burla constantemente… como si fuese de humo. Como si no existiera o como si fuera capaz de hundirse en la tierra… Siempre vamos a parar a un callejón sin salida…

La doctora Lee le estudió en silencio ahora. Luego, algo cruzó sus ojos. Una especie de raro destello enigmático, que Flynn captó fugazmente.

—Doctor, ¿de veras cree que es un caso de paranoia, exactamente? —preguntó tras una larga pausa meditativa.

Raymond Flynn se irguió, sorprendido. Miró a su colega.

—Parece evidente. ¿Qué otra cosa podría ser?

—No sé… —La doctora Hazel Lee se encogió de hombros—. Había pensado en otra posibilidad.

—¿Cuál?

—Esquizofrenia, doctor Flynn.

—¿Esquizofrenia? —Flynn hizo un gesto hosco—. ¿Por qué? Parece un caso bien definido, doctora Lee. No hay desdoblamiento de personalidad, ni nada parecido. Es una mujer, y a veces cree ser un gato monstruoso. Eso es un simple delirio que ella materializa a su antojo. Paranoia pura, creo yo.

—Sí, puede ser. Vistas así las cosas…

—¿Hay otro modo de verlas, a juicio suyo, doctora?

—No, tal vez no —admitió la doctora Lee, sumiéndose de nuevo en el silencio.

Finalmente, la ambulancia se detuvo. Con grandes precauciones, el inspector Lawton descendió del asiento inmediato al conductor, disponiendo en torno al vehículo una serie de agentes armados que escoltarían a la enferma en su traslado al lugar definitivo de residencia secreta.

Marsha entreabrió dulcemente sus ojos. Miró a los dos jóvenes psiquiatras y les sonrió alternativamente.

—Ha sido un dulce sueño —comentó, moviendo la cabeza débilmente—. Ni siquiera he advertido que viajaba en esta ambulancia… Son todos muy amables conmigo, doctora Lee… ¿Es cierto que va a quedarse usted conmigo, cuidándome?

—Esta noche, sí —asintió ella—. Mañana será el doctor Flynn… Nos iremos alternando en sus cuidados. Y, de paso, la haremos comprender que nada hay ya que temer…

Marsha suspiró, mirando largamente al doctor Flynn con

expresión de gratitud y simpatía. Éste se volvió a Lawton, que disponía ya, en el jardín de altos muros donde se hallaban parados con el vehículo, a los hombres que montarían guardia durante todas las horas del día y de la noche.

—Me gustaría saber dónde estamos… —comentó el joven psiquiatra.

—En un lugar, fuera de Londres, donde esta joven reposará tranquila y segura —habló con firmeza Lawton—. Y no les quepa duda que es el lugar más seguro del mundo.

—¿Por qué dice eso?

—Muy sencillo: porque esta propiedad pertenece a Scotland Yard, y aquí se realizan cursillos de prácticas policiales en otras épocas del año. Nadie conoce su existencia, fuera de nuestro cuerpo —sonrió con aire de triunfo el inspector—. Eso creo que le da a este recinto la máxima garantía posible…

—Hay que admitirlo así —sonrió a su vez el doctor Flynn, siguiendo a su colega y a Marsha hacia el interior del edificio.

Poco más tarde estaba ya debidamente instalada la joven hermana de Kathy Stevens, dentro de una finca que parecía una casa de campo normal, pero dotada de una rara solidez y, sobre todo, situada en un lugar donde nadie podía imaginar que se hallara la paciente.

La habitación destinada a Marsha era, en realidad, un dormitorio sin ventanas al exterior, sin otra abertura de salida que la puerta al corredor y otra a un baño inmediato, también sin otra apertura que una angosta ventana enrejada. La seguridad allí era total.

—El monstruo no puede llegar hasta ella —afirmó Lawton, satisfecho, tras una última inspección—. Ahora, doctor Flynn, ¿qué resuelve? La doctora Lee es hoy la encargada de montar guardia junto a Marsha Stevens. Nosotros vamos a regresar a Londres, si no tiene inconveniente. Y, eso sí: vamos a seguir la búsqueda, hasta que no quede sitio por revisar en esa ciudad, maldita sea…

—Estoy a su disposición —miró Flynn a la doctora Lee—. Hasta mañana, doctora. Cuide a nuestra joven amiga. Y deje de pensar en esquizofrenias y cosas así. Cuando le informe de la detención de nuestro personaje, verá cómo es un claro caso paranoico…

—Tal vez, tal vez, doctor… —declaró enigmáticamente ella—.

Ya hablaremos de eso, tal vez mañana mismo… Ahora, les deseo suerte en su cacería…

Sorprendido, el doctor Flynn miró a su colega. La doctora parecía manifestar una rara y sutil ironía en sus comentarios. Eso le preocupó, pero encogióse de hombros, sabiendo el carácter especial de su colega.

Marsha, en su lecho, recién aposentada, miraba a ambos, con gesto de no entender nada, pero ostensiblemente aliviada al notar que, ciertamente, aquél era un sitio mucho más seguro de cuanto pudo imaginarse.

Al marcharse el joven médico, la muchacha retuvo su mano largamente, como con pesar ante su retirada.

—Gracias por todo, doctor Flynn —musitó—. Y hasta pronto…

—Hasta mañana, amiga mía —sonrió alentador Raymond Flynn —. Esté tranquila. Todo va a ir bien. Presiento que el final se aproxima… y todo va a quedar resuelto muy en breve.

Abandonó la habitación y el edificio. Regresó con Lawton a Londres, en la misma ambulancia que llevara a la muchacha hasta aquella granja.

—Esta vez, el gato maldito no alcanzará a Marsha —dijo roncamente el inspector, lleno de convicción—. Es totalmente imposible, doctor Flynn.

—Sí, eso es lo que creo. Totalmente imposible… a menos que, además de estar totalmente demente, Kathy Stevens tenga la facultad de ver a distancia… y atravesar los muros.

Pero lo cierto es que, pese a sus bromas, el doctor Flynn aún no se sentía totalmente tranquilo. Ni mucho menos…

CAPÍTULO IX

RESOLUCIÓN

—¿Ya…, ya es de noche, doctora Lee?

—Sí —suspiró la joven psiquiatra, entrando en la habitación, tras su última ronda—. Ya cayó la noche. Pero nada tema. Estamos ambas a salvo.

—¿Usted cree? —dudó Marsha Stevens apagadamente—. Sí —dijo ella—. Estoy convencida. Abajo hay un cordón policial que nadie podría salvar, aun conociendo esta granja, cosa totalmente imposible.

—Aun así, yo tengo miedo…

—¿Miedo? ¿A qué?

—A Kathy… —Tembló Marsha, muy pálida.

Hazel Lee contempló a la joven en silencio. Luego, sacudió la cabeza.

—No —dijo—. Aquí no hay nada que temer, créame. Kathy no puede venir hasta usted.

—La siento tan cerca a veces… Tan terriblemente cerca…

—Lo estuvo. Pero ya no está. No puede encontrarla. Se sentirá furiosa, burlada.

—Ella no se siente nunca burlada… Ella siempre es la más fuerte, doctora. La más fuerte… —Se oprimió las sienes, angustiada —. Lo noto aquí. Como si ella misma me transmitiera sus sucios, obscenos, terribles pensamientos de sangre y muerte… Me odia. Me odia tanto… ¿Sabe que quiso matarme antes de entrar en la clínica?

—Sí, claro. Lo sabía.

—Pudo haberme matado. Pudo haberlo hecho. Era tan lista…

Siempre ha sido muy lista. Mucho más que yo… Yo…, yo sabía que escaparía de la clínica, que vendría a por mí… Lo sabía, estaba segura de ello…

—Marsha, deje eso ahora —aconsejó la doctora—. Repose, se lo ruego…

—No, no… No puedo… No puedo… —gimió roncamenteˆ. Tengo cada vez más miedo. Mucho más miedo…

—Olvide a su hermana. Trate de olvidarla…

—No puedo. Ella…, ella me domina. Me vence… Vendrá a por mí… para destruirme…

La doctora Lee la miró largamente. Luego, se sentó a su lado en el lecho. Le habló suavemente, en un murmullo:

—Vamos, cálmese… Y cuénteme lo que le preocupa tanto. Cuéntemelo todo, criatura… y la ayudaré a vencer a su hermana Kathy…

Marsha rompió en sollozos, aferrándose a la doctora con patética angustia.

* * *

De repente, el doctor Flynn pegó un salto. Derribó los papeles, los apuntes y documentos que había redactado sobre el caso de los ojos del gato asesino.

—¡ESQUIZOFRENIA! —aulló—. ¡Eso es! ¡Eso es, Dios mío! ¡La doctora tenía razón…!

Se incorporó, derribando también su silla. Echó a correr hacia el vestíbulo de su casa. Antes, descolgó el teléfono. Hizo una llamada urgente a Scotland Yard. No estaba el inspector Lawton. Le dejó un recado.

Y corrió al exterior. Corrió a por su coche, como nunca había corrido antes de ahora. Corrió a él, y emprendió vertiginosa carrera hacia alguna parte, en las afueras de Londres.

Hacia la granja propiedad de Scotland Yard. Hacia el refugio secreto de Marsha Stevens.

—Espero llegar a tiempo —susurró—. ¡Oh, Dios, espero llegar a tiempo… o morirá OTRA MUJER…!

La noche engulló su vehículo, lanzado hacia el norte de la gran ciudad.

* * *

—De modo que era eso… —susurró muy pálida la doctora Lee.

—Sí… Ahora ya lo sabe todo… —Marsha se dejó caer atrás, con ojos dilatados, lívida, desencajada y sudorosa—. Absolutamente todo…, doctora Lee.

—Dios mío. Kathy Stevens… Tan cerca… y tan lejos a la vez… Marsha Stevens YA NO EXISTE…

—No, ya no —musitó la propia Marsha con entonación salvaje—. ¡Yo la maté, doctora! Yo terminé con ella, antes de ir a la clínica… No es cierto que Marsha volviera de un viaje al extranjero… Era yo, YO, KATHY STEVENS, quien volvía… de la clínica. Mi mente… se diluía en dos personalidades: la odiada y la propia… Quería destruir por dos veces a Marsha, porque creí siempre que aún vivía… y YO REPRESENTABA LOS DOS PAPELES… Lentillas, postizos y cosas así… Mi visitante en la clínica… era una amiga. Le pedí ese favor, antes de ingresar, haciéndome pasar por Marsha… Ella lo creyó, y acudía como si fuese Marsha, para justificar su ausencia… ante los médicos. Era el pretexto que yo le di. Nunca lo puso en duda. Ahora, esa amiga está fuera de Inglaterra. Nunca sabrá nada de esto…

—Kathy-Marsha… Marsha-Kathy… Dos mentes en una sola persona. Mató a su hermana, pero no pudo hacer igual con su recuerdo, con su influencia en usted, con el odio que sentía, que sobrevivió a su acto criminal… Kathy, el doctor Flynn creía que era paranoia. Yo vi que no. Era esquizofrenia. Por eso desaparecía siempre Kathy. Porque volvía a ser Marsha…

—Y ahora que lo sabe, doctora Lee… —La miró extraña, vidriosamente—. Ahora que lo sabe… creo que no puede vivir para decírselo a nadie…

Y de su bolsa de deporte, situada junto a la cama, súbitamente, extrajo, rasgando la cremallera de un tirón… ¡LAS GARRAS METÁLICAS que simulaban las de un enorme felino!

La doctora Lee gritó, horrorizada, echándose atrás.

La loca, desesperadamente, la alcanzó, alzó las zarpas mortales…

* * *

El doctor Flynn cayó sobre Marsha-Kathy Stevens violentamente. La derribó de un seco golpe en la nuca. Ella gimió cayendo a sus pies, inconsciente. Las garras asesinas huyeron de sus manos.

—Doctora, celebro haber llegado a tiempo —jadeó Raymond—. Apenas entendí lo que usted sospechaba… vi claro lo demás. ¿Era Marsha… o Kathy?

—Siempre fue Kathy. Marsha lleva tiempo muerta… y ella ocupaba las dos personalidades…

—Sí, lo suponía —miró a la mujer tendida en tierra. Sorprendido, se dio cuenta de que Hazel Lee, movida por el histerismo del momento, se aferraba a él, como buscando protección.

La atrajo contra sí. La besó, sorprendentemente. Los policías corrían ya hacia la habitación. La doctora le miró, asombrada.

Y ahora fue ella la que besó a Raymond Flynn, el colega que la había salvado del asesino con ojos de gato…

FIN





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada La muerte elige, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispares contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy* Cat (Julio Pérez Tabernero, 1973) y El pez de los ojos de oro (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del
ISBN
aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas La conjura (2009) y La clave de los evangelios. En Morsa ha publicado La noche de América agonizante y su autobiografía, Yo, Curtis Garland.